

Con vertales apcto y admiracion
te dedica este ejemplar de
un valioso trabajo en
campo y colofa
vidor

Nor. 76

Cartas

sobre

Madrid

Publicadas bajo el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento de Madrid
y con la autorización del periódico "ABC". Ilustraciones del autor.

DEPÓSITO LEGAL: M. 13050.—1960.

GRÁFICAS ORBE, S. L.—Padilla, 82.—MADRID, 1960.

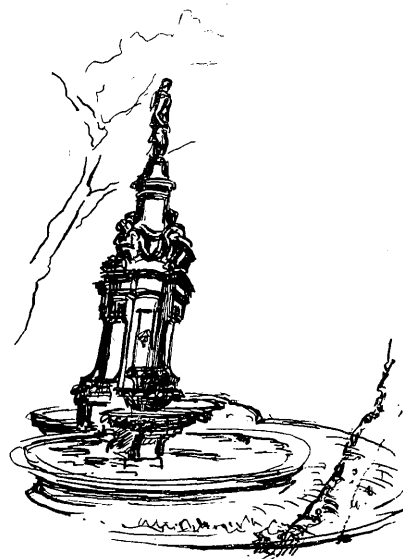
VICTOR d'ORS PEREZ-PEIX

CARTAS

SOBRE

MADRID

Una guía cardinal de la Capital de España



M O T I V A C I O N

Para entender de veras una ciudad es obligado el descubrir lo que dibuja y macera con el tiempo su particular figura: esa especial manera de ser que constituye su genio; lo que señala su vocación, aquello a lo que es llamada.

Detengámonos en el examen del lugar, del origen, del nombre; del patronazgo, los «totems» y los emblemas; y de las leyendas y mitos, tratemos de comprender sus gustos, manías y acentos; y las costumbres y lo que «se da bien» y «se da mal». Analicemos sus tradiciones. Y, por fin, la historia, con sus menudos acontecimientos y sus grandes epifanías.

Todo es lenta lluvia fecundante o pletórico relampaguear del genius loci en sus voluptuosas insistencias. Heridas, a veces; luego, cicatrices. Genio y figura urbanos: ¡cuán profunda intimidad!

Nada es indiferente. Nada en la ciudad está fuera de sentido cuando es auténtico. «El «genio» trabaja y esculpe lentamente—a veces a martillazos—la figura impar de cada ciudad.

Introducción

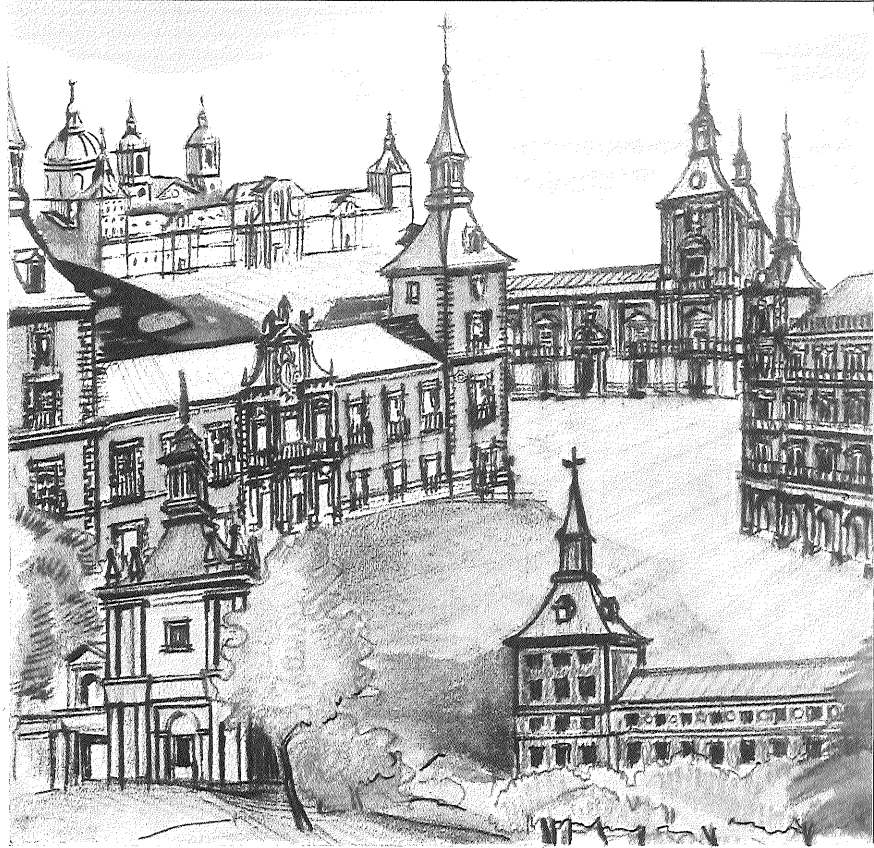
UN MADRID ADOLESCENTE

1 CRECIMIENTO Y METAMORFOSIS.—Un Madrid adolescente; así es el que hoy veremos crecer y transformarse; que todo se le está quedando chico.

Le encontramos, pues, en una edad crítica por la que ha de pasar para su metamorfosis en gran urbe, en verdadera metrópoli de la Hispanidad, a este lado del charco.

En quince años, los últimos, produjo más fábricas y más comercios, más plazas, más calles y más jardines que en los cincuenta anteriores, aunque—no se olvide—éstos fueron también de muy considerable avance. Pero ahora se ha puesto nuestro Madrid incontenible; ensanchando y ensanchando a través de charcos y baches, trigales y huertas, lomas y barrancas, saltándose un parque y un río a la torera, comenzó sus «sprints», al terminar la guerra con el millón de habitantes, plantándose hoy por los dos y más que duplicando su perímetro.

El «gran Madrid». ¿Era conveniente y deseable? Era, por lo menos, inevitable. La inmigración del campo a la ciudad—consecuencia de la necesaria industrialización en España—el centralismo político-administrativo, y ese que pudiéramos



mos llamar el despertar de Castilla a su real gana de trabajar y a su misión rectora, lo han traído así.

Lo cual no quiere decir que todo esté en su punto ni que el quehacer político—que obliga, según decía Tayllerand, a convertir en posible lo inevitable—haya encontrado y ordenado los justos canales para el discurrir de tal avalancha de vitalidad creadora. Ni mucho menos quiere decir que no nos encontremos al borde de mil peligros.

El primero, el que la ciudad vuelva la espalda a su propio genio, por lo cual todo perdería sentido. Las más íntimas esencias del ser de Madrid se encuentran a punto de naufragio en este continuo oleaje de inmigración y de intereses extraños y desorbitados que lo zarandean, a veces desconsideradamente. Pero no es aquí momento para la crítica y lección, sino informativo, de constataciones.

2 NUEVOS ACCESOS.—Lo previo que Madrid necesita, para tal crecimiento y para poderse tragar kilómetros y comunicarse bien con toda España y con el mundo y para dominar mejor su propio espacio vital, son unos buenos accesos. Y los está creando. Ahí tenemos un nuevo puente y el aeropuerto—también en metamorfosis—y su autopista y la espléndida de Extremadura y la todavía incompleta de Andalucía y esa, más verde y europea del camino del Norte a través de la Universitaria.

3 LA CIUDAD UNIVERSITARIA.—Que por sí sola bastaría para justificar un Madrid metropolitano. La feliz iniciativa de Alfonso XIII ha ganado fuerte impulso en la era de Franco. No nos referimos solamente a las reconstrucciones, sino a los nuevos edificios de escuelas y museos, clínicas, Colegios Mayores y

campos de deportes y a ese irse llenando de contenido y de tradición, y también a ese irse poblando de árboles y tapizando de verdes y hasta horquillándose de luces.

4 LA OLA VERDE AVANZA.—Así titula una pluma amiga uno de los artículos en las páginas de *A B C* de hoy. Nada más cierto. Porque parece confortar a los que desesperaban de nuestra capacidad para dulcificar climas materiales y espirituales, esta pasión, que a Madrid está ganando, por los árboles y por las flores, los vitalizadores jardines y las refrescantes alamedas. Los jardines privados y los públicos empiezan a rivalizar en regalo para los ojos y en buena cortesía de civilidad.

5 APARTAMENTOS, HOTELITOS Y DECORACIONES.—Podemos ver cada día encaramarse nuevos tiestos en los balcones y asomar nuevas terrazas ajardinadas en las casas de viviendas. Que ya no son las antiguas casas de pisos, con sus largos pasillos y sus salas y salones exigentes en formulismos y simetrías, sino que van, poco a poco, acomodándose al vivir más libre y más elástico de nuestros días; pero también más avaro de espacio. Se van convirtiendo en típicas casas de apartamentos.

Por otro lado, innumerables villas y hotelitos, cada vez más entonados, paisajísticamente hablando (¡qué lejanos nos parecen ya aquellos chalets vascos y aquellos palacetes moros!, etc.), colonizan las mejores lomas para avizorar las más bellas vistas serranas, agrupándose a veces, como en la Colonia Puerta de Hierro, en un alarde de entonación con el sentir estético de nuestro tiempo. A veces, «pinitos» estridentes, visiones escenográficas importadas... pero, en conjunto, ¡qué diferencia con lo de antes!

También por dentro, si entramos en las viviendas, veremos hasta qué punto puede comprobarse cómo las señoras han ido poco a poco afinando sus gustos y evitando formulismos sin sentido. A veces, demasiado. A veces, sin darse cuenta esclavizándose a otros formulismos. Además, en el buen servicio de la arquitectura, empieza últimamente, casi diríamos ultimísimamente, a mejorarse la mano de obra de los oficios y de las artes. Y con ello, servidos por artistas de esta raza de artistas, los arquitectos, que también lo son, irán encontrando más posibilidades de lucimiento.

6 BLOQUES Y MAS BLOQUES DE VIVIENDAS.—Carabancheleros y vallecános y del «Transretiro», surgen continuamente, a veces, confesémoslo también sórdidamente. Que en este punto hay todavía «flojera». Que mucha exactitud y perfección tiene que patentizarse para que le sea perdonado a lo municionado el serlo, el haber perdido la impronta directa de la mano del hombre y mucho esfuerzo cuesta el que huecos y más huecos, que son sólo rectángulos de sombra alineados y columnados se alejen definitivamente del recuerdo de los nichos de los cementerios y casi tanto el que la armonización de grandes, simples y lisos bloques no se confunda con una geometría de cajas de cerillas o de zapatos o de petacas. La buena y la simple y la refinada construcción y la económica amenidad y la llana cortesía han de ir poco a poco salvando tanta deficiencia en este orden. Y sobre todo los marcos verdes. Pero hay que pensar que la urgencia es mala consejera y que, queramos o no queramos, tenemos que hacer lo que estamos haciendo: resolver, de veras, el acuciante problema de la vivienda.

7 NAVES Y FABRICAS Y TIENDAS.—Para el que desde antes de la guerra no ha estado entre nosotros, es posible que la mayor sorpresa madrileña sea el de encontrarse a nuestra ciudad avanzando y avanzando—especialmente por los Villaverdes y por la carretera de Aragón, como era de esperar—en la creación de nuevas industrias; textiles, automovilísticas, eléctricas, madereras, de todo orden. Con una amplitud y falta de especialización, que asemejan el plan general al de nuestro cocido: con ese orgullo de tener de todo. Y además de las nuevas plantas industriales, las naves y las navecillas y los talleres, incluso algunas artesanías, que antes de la guerra estaban moribundas, o por lo menos, languidecían. Así la cantería, que ha vuelto por sus fueros en los últimos lustros, sirviendo al esplendor del desarrollo de un comercio exuberante, de elegancia—algunas veces desmentida—y de lujo—a veces desmedido—que han hecho de nuestra Gran Vía un vivo y pletórico muestrario comercial y de nuestra calle de Serrano, una especie de sucursal de la place Vendôme.

8 NUEVA Y VIEJA ARQUITECTURA Y RASCACIELISMO.—Pero es, sobre todo, en la edificación donde la cantería ha ido tomando los mayores vuelos, los de las grandes épocas de Madrid: la de los Felipes y la de Carlos. Porque la edificación madrileña actual ha sido una expresión plástica y difícilmente bo-



rrable de ese esfuerzo español de los últimos tiempos por encontrarnos a nosotros mismos y por entroncar con las mejores y más fecundas ramas de nuestra tradición. Hemos tenido, por tanto, una arquitectura como la de los Austrias en nuestra Villa, con ladrillo y berroqueño y algo de piedra de Colmenar y con fachadas muy planas y con chapiteles muy grises y con portaladas y con alineaciones muy simples de huecos y de órdenes.

Esta arquitectura, con sus peligros de mimetismo pastichista, ha dominado la edificación oficial, culminando quizá en el Ministerio del Aire y sirvió de pauta, asimismo, a la arquitectura privada. Apenas últimamente—es menester señalar que casi siempre responsablemente—empiezan a encontrar eco en la arquitectura madrileña las tendencias orgánicas y dinámicas y aun los extremismos decorativistas que imperan hoy por el mundo. El color comienza a gritar en algún punto su ilusión de mayor amenidad y contraste y la rigidez de los ángulos rectos se trata de escamotear, a veces muy frívolamente. En fin, sabemos que Madrid sabrá, a su vez, traducir y aclimatar tales tendencias, por impetuosas que sean, a su genio local, siempre que pueda ponerse un mínimo dique de contención y un minuto de reposo a los excesos. También conseguirá asimilar los rascacielos, que buenos pueden ser, si justificados están por la necesidad y desarrollados, según su sentido y en su sitio.

9 EL CAUCE CUIDADO Y EL CAUCE OLVIDADO.—No queremos terminar esta revisión instantánea, o también de brocha gorda, sin aludir a dos puntos neurálgicos sobre los que Madrid, en general, y muy especialmente sus artistas, deben de fijar la atención: el Manzanares, que viene ganando un orden plástico muy estimable—que lo convierte de río campero, que era, en urbanizado—y amenazado por la ejecución de proyectos urbanísticos de enorme responsabilidad como el Paseo de la Castellana. Sí, no se le da lo que se le debe: una urbaniza-

ción y una arquitectura no de calle, con sus rígidas alineaciones, sino de avenida-parque, sobre el suavemente seciente, dulcemente rampante cauce de río, que fué. No nos olvidemos de esto: de la manera de ser y de las extraordinarias, únicas posibilidades del bellísimo eje Prado-Castellana.

10 TOQUE FINAL.—Así, pues, sean las últimas líneas de esta pequeña revisión de doble signo. Por un lado, dos claras campanadas levantadas al vuelo, de júbilo por lo realizado; pero también un doble timbrazo sordo y apremiante de atención como ante los momentos de peligro.



Primera carta

MITOLOGIA Y PATRONAZGO

ENVIO



Señor Comisario del Gran Madrid: Ahora que es tiempo de otoño, propicio para esta ciudad, y habrás tenido bastante para dominar teóricamente los problemas que a nuestro Madrid le nacen por todas partes; ahora que, con seguridad, estarás fraguando ya planes definitivos, justamente ahora deseo enviarte estas cartas sobre temas madrileños, muchos muy rumiados y muchos muy predicados por mí desde hace años.

Ya vendrá momento de discutir los problemas más gordos o los más urgentes. Pero por muy urgente que cualquiera pudiera parecernos, muchísimo más urgente todavía es conseguir sobre Madrid un buen conocimiento, un claro criterio y, si posible fuera, entrañables intuiciones.

En cauce de espontánea, pero responsable colaboración, es por el que quieren discurrir mis cartas. Creo que colaboraciones de tal orden son necesarias. Porque, precisamente, en cuanto a criterio, hubo, sin duda, patentemente, grandes lagunas y fallos increíbles en el entendimiento de nuestra ciudad. Pero esto, motivo de duras y para más dolorosas divergencias personales, no lo voy a traer aquí ahora.

Lo que quisiera dibujar aquí es una amplia perspectiva en la que poder situar, más que justamente, holgadamente, cómodamente y con autenticidad, a Madrid y sus problemas. Estimo que las fuentes de más confianza para la buena delineación de tales perspectivas, las más generosas también y aun diría las más

necesarias, son las que provienen del genio, del carácter y del destino de nuestra ciudad. Y a este primer examen es al que insistentemente te invito ahora.

Te invito, sobre todo, al descubrimiento del «genius loci» de Madrid. Al cual preciso es que permanezca fiel si quiere felizmente desarrollarse.

¿Dónde encontrarlo? ¿Dónde descubrir la vocación esencial de nuestra ciudad? Pues, como siempre: en sus elementos característicos y tradicionales, en sus epifanías históricas, en su ser geográfico y también en su «mitología»; en sus grandes mitos.

Para esta «primera carta» te he organizado, consecuentemente, un rápido, pero significativo desfile de grandes mitos madrileños.

SENTIDO DEL NOMBRE DE «MADRID»

Quiere decir—prescindiendo de «Magerit», que parece significar «venas o conductos de agua», y quizá de algunos purismos etimológicos—, semánticamente, «matriz». Es más, antiguamente se decía de tal víscera «madriz». Quiere decir «madre»; mejor: «lugar materno» estancial, de desarrollo hasta el alumbramiento.

Tal signo material o de lugar matricular, integrador, paridor, para nuestra capital, viene subrayado también por otras vertientes del mismo sentido, como «madriguera» o refugio. Es curioso que, por este lado, Madrid adquiera una cifra semejante a la de España entera, pues para unos significa España «tierra de conejos», y para otros, «lo tensado», «de donde se expanden las cosas», cualidad esa de la expansión, tanto la física como la del ánimo, que típica es asimismo del lugar materno.

También se dice los «madriles», aludiendo a la variedad de continente y de contenido que corresponde a tal «madriz», «madrina» o «madriguera».

DOS «TOTEEMS» EN SU ESCUDO: EL OSO Y EL MADROÑO

Nuestro oso tiene su origen en el Madrid prehistórico, abundante en «pardos», que dieron nombre al simpático monte menor que existe todavía, en una región donde hubo muchos y entre los grandes y frondosos que se prolongaban hasta más allá, lejos de la sierra actual, en verdes tras verdes alfombras, en pastos abundantes.

Este oso, mejor identificado con la altiplanicie castellana, perduró más tiempo que otras especies prehistóricas—que debieron de huir probablemente al Africa, con el enfriamiento de nuestro clima—; pero poco a poco, al fin, también los osos, con el calor y las batidas y las talas incansables, hubieron de desaparecer. Sus compañeros el lobo y el jabalí escaparon, en parte, a tal persecución. El oso, no; pero no desapareció como totem, ni nos abandonó su sello.

Aquellos bosques eran precisamente abundantes en madroños—fruto oval, materno—, fruto que el oso codicia; precioso ornato, que entró también, dándole gracia y color, en nuestro escudo. Si bien se mira, ambos elementos, oso y madroño, tienen un mismo sentido. Son animal y planta silvestres, domesticables o civilizables, pero nunca domésticos o completamente civilizados; lo que señala lo precario de tal conquista civilizadora o domesticadora.

En efecto, Madrid puede—y así lo demuestra, si la ocasión llega—«ponerse como una fiera», aunque en su normal—y lo dice la gente—«suele bailar al son que tocan», y aun algunas veces «hacer el oso». Pero por aquí no quiero continuar ni un momento más. Deseo que estas cosas sean tomadas en su más profundo sentido. Por nada del mundo voy a desvalorizar algo tan esencialmente capitalino como Madrid, al que creo capacitado para regir imperios espirituales.

Ahora bien: tampoco podemos evitar equívocos sin dejar olvidada su lección.

Comprendemos mejor un sentido cuando descubrimos en él la integración de sus dos más opuestos significados. (Sabemos ya, por ejemplo, cómo los cuernos o el toro pueden representar a la vez la virilidad o su dimisión, la bravura o la cobardía.)

El torpe y ágil oso, en nuestro caso, sí representa proverbiales viveza y gra-cejo madrileños; puede simbolizar también algunas torpezas y boberías.

Bien entrañablemente unido al signo y cifra del destino de Madrid está el buen oso. Vale la pena hacerle justicia y de organizar un hermoso foso, mayor que el de Berna—también ciudad de osos—para nuestro «pardo», con opulentos madroños a su alcance, en el que disfrutaría de los debidos honores a la categoría que asume de totem de la ciudad. No nos olvidemos tampoco de honrar a nuestros madroños, silvestres, exactamente silvestres y domesticables, como debe ser nuestra jardinería, ni salvaje ni domésticamente peluqueril.

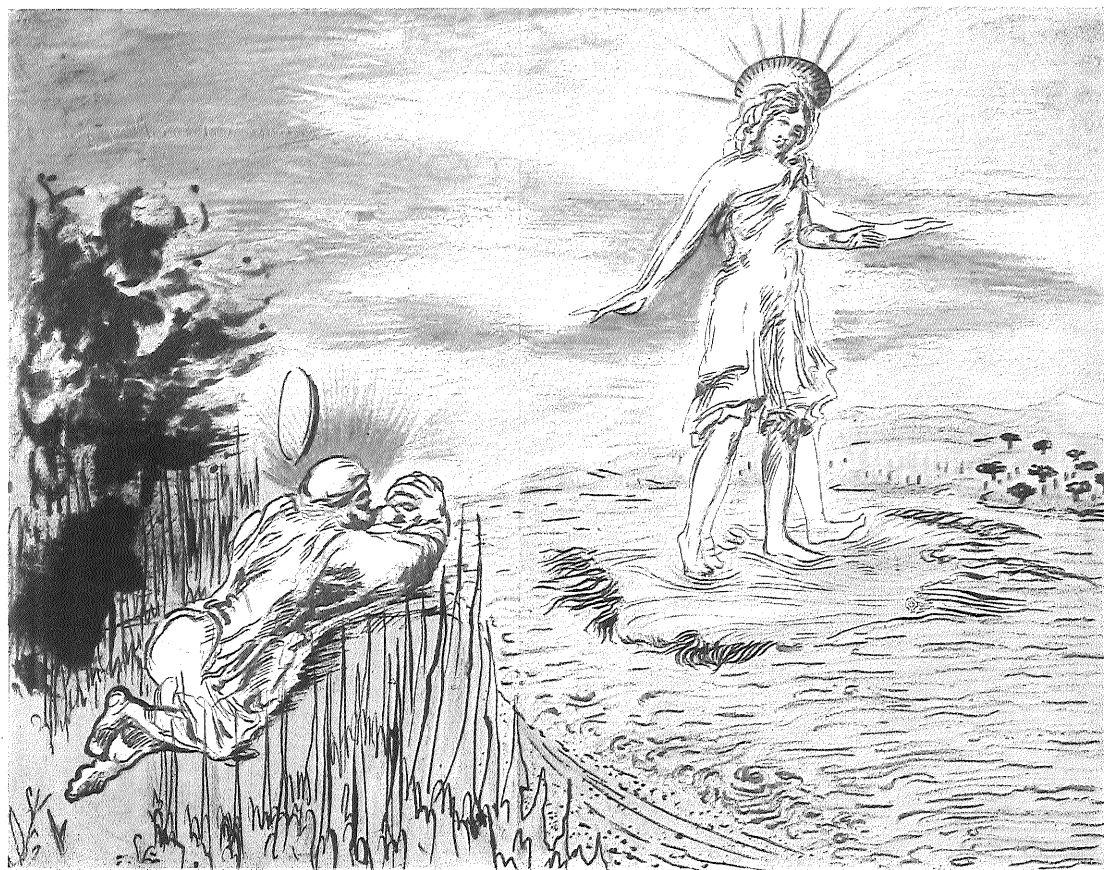
La gracia de aquéllos salta del fuerte y chaparro arbusto a los ligeros manteles, y el pasado otoño nuestro Jardinero Mayor—cumpliendo en ello deseos por muchos de nosotros sentidos—los ha honrado ampliamente, con presencia de palco proskenio, en los desfiles de la Castellana.

EL SANTO PATRONO DE MADRID

A cuyo patronazgo se asocia su santa mujer, Santa María de la Cabeza. Tu-vieron en los albores del siglo X una vida llena de milagros bellísimos. San Isi-dro es el santo labrador. Lo cual es muy importante, pues señala esta advoca-ción, la originaria y definidora vocación para nuestro Madrid, el sentido agrope-cuario, ya que se trata de un labrador rodeado generalmente de ganado. Pero este «isidro» es un palurdo tocado por Dios; reza, reza mucho y permanece luego lar-gas horas en los sangrantes crepúsculos prodigiosos de Castilla, meditando en mística catarsis. Sin embargo, los ángeles le hacen la labor.

Marca este símbolo, difícil, cómo en el genio de la ciudad está el conceder su tiempo principalmente a las actividades superiores; pero se apunta, por otro lado, la vertiente peligrosa del embobamiento, de la vagancia y aun, en un extremo, el aprovecharse de la labor material ajena.

Para compensarlo, San Isidro aparece como admirable repartidor (quedaba grano hasta para los pájaros), y tal función, la de repartir—hasta en la mayor es-



trechez—, bien parece ser uno de los más céntricos y mejor cumplidos destinos madrileños.

Sufre una vez San Isidro intenso momento de celos (los celos madrileños son proverbiales), y Santa María de la Cabeza tiene que tranquilizarle, tendiendo el manto—representativo de la pureza—sobre ese que sigue siendo aprendiz de río: aquél flota y ella—encantador milagro—puede andar sobre él. Este mito es también profundo y dió sentido a la típica mantilla madrileña; forma, si no degenerada, por lo menos reducida, del antiguo manto.

Desentrañemos: la mujer madrileña, de enormes atractivos y de naturaleza hasta cierto punto provocativa, tiene que defender duramente su castidad de los asaltos que su fascinación provoca, encandilada ésta por su natural pizpiretismo.

Los celos se producen casi inevitablemente. Por ello han sido un tema tan específicamente vivo en la literatura de Madrid.

Tales asaltos toman, las más de las veces, la forma menos peligrosa del piro-po, que alcanza desde la más alta cumbre del madrigal poético hasta bajas y brutales expresiones. Pero, en todo caso, «la honra»—tan importante en la vida española—suele salir triunfante, pues existe en la mujer auténticamente madrileña una heroica, a veces pasmosa, integridad interior, unida al santo temor de Dios. El atractivo gracioso de Madrid, aparentemente superficial y ligero, encierra casi siempre un fuerte esqueleto de coordenadas morales y una íntegra exigencia, que quiere decir nobleza.

Bien puede Madrid impulsar la colonización agrícola-ganadera en su espacio vital. Gran tarea es ésta; y seguro éxito y rápido desarrollo han de alcanzar manifestaciones como las «ferias del campo». Y bien agradece Madrid las plantaciones, jardinerías y verduras de todo orden que recibe, que todo ello son patentes signos isidrianos, y por muy gran metrópoli que se nos haga, si a su genio ha de permanecer fiel, no perderá nunca su aire de «villa» agrícola-ganadera ni el hierro inexorable de la virtud, a veces escondido tras de unas flores.

Privilegiado culto en todas sus formas—desde las verbenas hasta las procesiones, desde la más recoleta hasta la más pública devoción—es debido a estos dos santos ejemplares y es preciso que Madrid lo eleve a gran nivel si quiere, de verdad, encontrarse a sí mismo.

LA VIRGEN POPULAR DE MADRID ES LA VIRGEN DE LA PALOMA

Que es la del Mensaje, la del Espíritu Santo. Aquí, en primer lugar, se insiste en el mismo sentido que en el de Santa María de la Cabeza; en aquel de la pureza y limpieza y aun en una imprevista derivación muy característica de las mujeres madrileñas: en el grácil y cuidadoso andar por la calle y por la vida: la paloma, que anda por el barro sin mancharse. «¡Qué paloma tan señora!», dice la canción.

Símbolo es también la paloma—y aquí nueva insistencia en otro sentido, ya también representado por Santa María de la Cabeza—del amor conyugal. (Se dice «un par de tórtolos» y en verdad que, probablemente, en ninguna ciudad del mundo existen tan pocos matrimonios mal avenidos, tan pocas riñas y escándalos conyugales como en nuestro Madrid.)

Pero la Virgen de la Paloma es, ante todo, la Virgen Mensajera, como decimos; la Virgen del Espíritu Santo, símbolo que nos despierta, para que alerta estemos de la importancia que tiene Madrid como ciudad de comunicaciones y mensaje espiritual y de cómo su continente no puede olvidar tal prioridad.

(Mensaje—y grande e importante—para el mundo tuvieron nuestras carabelas, y nuestros misioneros, y nuestros místicos, y más específicamente Madrid, con sus dramaturgos y sus pintores y sus intelectuales, y hoy mismo lo sigue teniendo con nuestro Movimiento.)

A tono con tal destino madrileño de mensajes y comunicaciones, éste es, y será cada vez más, un gran aeropuerto intercontinental.

Y así la Casa de Correos resulta ser el edificio que, sin discusión, mejor se ha desarrollado (o desenrollado, como dirían los castizos) en nuestra edificación. Sin querer entrar aquí en su valoración estética—yo la cotizo alta—, lo que no admite duda es su comodidad jerárquica. Está clavada y bien clavada «Nuestra Señora de las Comunicaciones» en el centro de nuestra ciudad, como clavada está—protegiéndonos desde lo alto—la Virgen Mensajera, en el centro del destino madrileño.

MADRID, CASTILLO FAMOSO

Así en la legendaria canción.

El primer Madrid fué, antes que nada, un nudo de comunicaciones, un alto estratégico situado en el camino y junto al puente de paso para la Alcarria, vigilando el valle del Tajo, de donde provino su importancia militar y la necesidad de defenderlo. Donde se situaron los alcázares, en el mismo lugar en que se encuentra el Alcázar actual—el lugar mejor defendible de Madrid—en un espolón sobre una gran barrancada, allí se sitúa ya, probablemente, «el castillo famoso» del Madrid sarraceno, dominando las márgenes del Manzanares, de prehistoria tan rica, como hoy se está viendo.

En el altozano de enfrente se debieron también de levantar otros campamentos, dominando asimismo la otra orilla del río y defendiendo la brecha entre los dos abierta: lo que hoy es la calle de Segovia.

Con Carlos V, el antiguo castillo—a tenor del sentir del Renacimiento—se convierte en este tipo mixto de castillo-palacio, que es el Alcázar propiamente dicho, y así se nos presentaría, contemplando mayestático los encendidos crepúsculos, hasta que sobreviene esa otra gran hoguera de su incendio en 1734.

Entonces, con la completa consolidación del «cortesiano» en su tiempo y en el de Madrid, se convierte, con increíble olvido de su función militar, en un palacio a secas, casi diríamos cien por cien, pero en un real palacio, sin duda; el mejor Palacio Real de Europa.

El proceso fué análogo en muchas ciudades europeas, pero para Madrid, por afectar a la intimidad de su ser, pudo ser grave. Afortunadamente, el Alcázar de Toledo, en la avanzada del espacio vital de nuestra ciudad, y aun, algo más lejano, el de Segovia, asumieron la abandonada función. Este palacio cortesano, al que apenas la importancia de los órdenes basamentales sobre el Campo del Moro sellan de un acento militar, domina la silueta de Madrid en su fachada más noble. Ni siguiera la inmensa mole del edificio España ha conseguido destronarlo; pero se ha rozado por milímetros un dramático peligro.

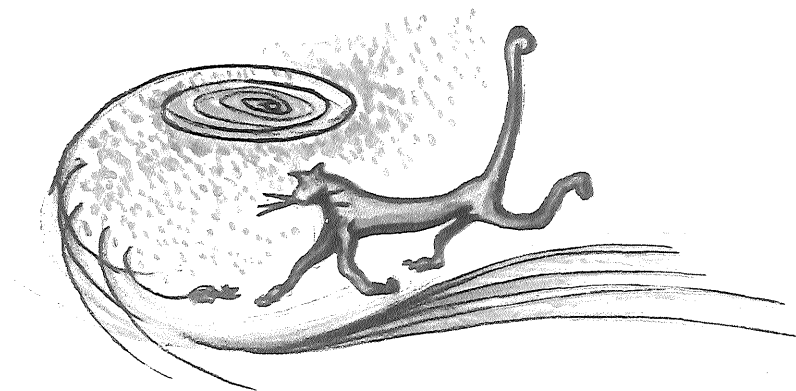
El genio y el destino de Madrid, si marcado se encuentra por el «villaris-

mo» isidriano, no lo está menos por el «cortesianismo»—en su sentido más amplio y genérico—palacial. El palacio, los palacios hacen falta a Madrid, y la arquitectura, que Luis Moya llamó «arquitectura cortés».

Madrid perdió su castillo, pero en revancha empezaron a florecer, y siguen floreciéndole, las torres, las feudales y achaparradas torres que se hicieron también cortesés y cortesanas. Que Madrid no puede perder su cortesianismo ni su cortesía. No lo puede perder, ni en el despiste de un desorden de valores, ni en ese barullo de invasiones provincianas o materialistas. Sus aristocracias—ya incluidas las del trabajo—sabrán resistir, como lo hicieron los buenos varones en el cuartel de la Montaña—otro sucedáneo de nuestro castillo—o en el macerado Alcázar toledano, que lo substituyó.

¿Y ESO DE LOS GATOS?

Vienen y van, o vienen y se quedan—que la villa cortesana a todos acoge—los de las provincias. Como hoy también vienen masivamente—que a todos acoge la Villa y Corte—los extranjeros. Pero están y se quedan los gatos. Ellos, tan ágiles, pero tan perezosos; tan fieles, pero tan felinos. Domésticamente fieles, se entiende; domesticada también su salvaje natura, como en el oso, como en el madroño. El tal gato, en el suave terciopelo de su caminar, en la caricia imprevista de sus movimientos, en ese misterio ultragitano de sus ojos verdes, tan sensible a la vez y tan huraño, encierra quizá mejor que ningún otro símbolo lo contradictoriamente cercano y lejano que es nuestro Madrid. Ya decía Ramón que Madrid es gritar constantemente: «Para hoy, los que quedan para hoy. Sale hoy», o bien: «Gomas para los paraguas, ¡gomas para los paraguas!», en un país en que no llueve, o, en el que, por lo menos antes, no llovía...



Segunda carta

CIELO

Y

SUELO

REVISION

Señor Comisario del Gran Madrid: También desvelan el genio de un lugar las razones insobornables y permanentes de su realidad física. Si en la carta anterior citamos a examen a la mitología madri-

leña, ahora trataremos de revistar—Señor Comisario, señores geólogos y meteorólogos y naturalistas, señores físicos, pero también señores metafísicos y poetas—al continente de Madrid en su propio espacio.

EL CIELO Y EL SUELO

Sobre la altiplanicie castellana, que es casi como decir sobre la tibetana, o sea, sobre un techo del mundo; sobre un suelo casi teológico y, de puro duro y cruda y altamente físico, casi metafísico, está nuestra ciudad situada. Como nos dice el profesor Francisco Hernández Pacheco (en un muy interesante folleto sobre la geología de Madrid en relación con la edificación, que debe ser a aquélla fiel), precisamente en el límite entre el suelo pétreo de la sierra del Norte y Noroeste y el blando suelo de acarreo y de yesos, cales y arcillas del Sur y Sureste.

El maestro Eugenio d'Ors—en su libro «La vida de Goya»—hace la exacta observación de que Madrid tiene dos caras. La «cara de plata», que mira al Norte y al Noroeste, y la «cara de oro», que mira al Sur y al Sureste. Aquella en que los colores tienden a enfriarse en su gama ciánica y aquella otra de los propensos a encenderse, de la xántica.

Pero es que, además, a esta situación fronteriza geológico-paisajista superpó-

nese una diferencia, o, mejor, una integración cultural. Madrid mira por un lado a Europa y al mundo occidental, y por otro lado, al Africa y al Mediterráneo.

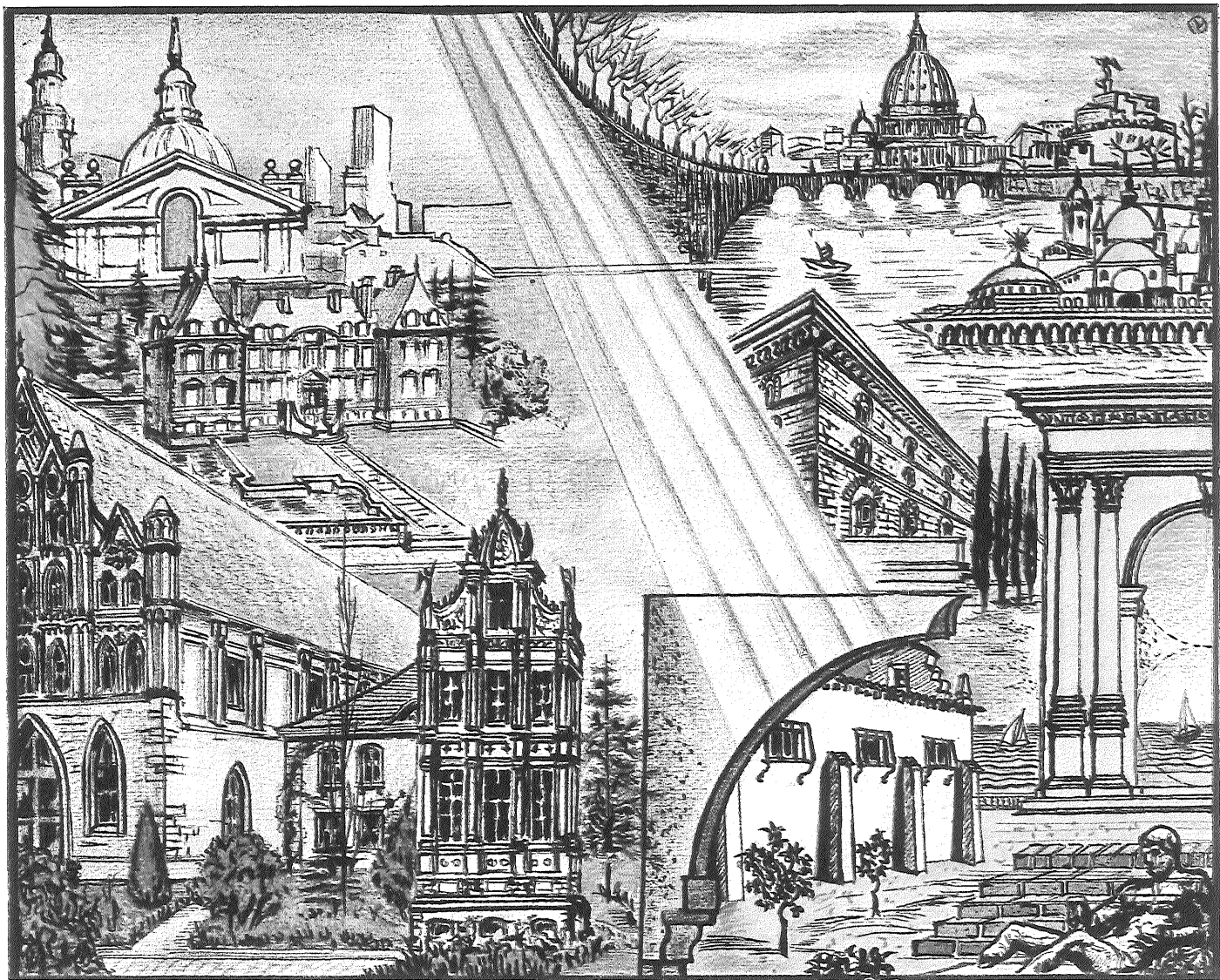
Su mirada hacia Norte y Noroeste abarca la piedra de la Montaña, con su gran genio Herrera, los palacetes franceses y las pizarras alemanas, las ventanas de Flandes, los chapiteles del Báltico y hoy, todavía, los rascacielos neoyorquinos. Sus colores son severos grises, húmedos verdes—a veces recién nacidos—, pardos apagados, violetas tenues, morados inverosímiles, azules, a punto de ser agrios de puro milagrosamente delicados; toda la gama ciánica, en fin, que acarician frecuentemente los mejores pinceles de Velázquez.

Y por el Este, y por el Sureste, y por el Sur y por el Suroeste, por ahí Madrid alcanza a mirar las arquerías de Florencia, y las cúpulas de Roma, y, alguna vez, el fuerte cromatismo de Bizancio. Le llegan de esta parte normas de proporción de Grecia, y en abundancia los ladrillos aragoneses, tejas árabes y cales andaluzas. Sus colores son el blanco y el ocre encendido, y el pardo-pardo, que es caliente, y los amarillos, y aun el rojo; las tonalidades de la gama xántica, que inmortalizó la primera gran época de Goya. Tal paralelismo y tal integración pueden extenderse a todas las ramas culturales. Y aquí, en nuestro Madrid, se encuentra el romance nórdico con el soneto italiano, la libertad germánica con el caudillaje oriental.

¿Qué puede hacer Madrid para no quedar anonadado en el choque de tan fuertes corrientes contrapuestas? En resumen, su tarea es la misma que la de España entera; pero aquí, por encrucijada directa y por capitalidad, con mucho mayor motivo; sujetar ambas tendencias, atemperarlas, integrarlas, por fin, en una armonía superior.

MAS SOBRE EL ADMIRABLE CIELO

Como una ciudad no es tan sólo una idea más o menos abstracta, instrumento de civilización—o de ciudadanificación, que es lo mismo—ni siquiera esto, más un resultado colonístico, sino que es también una—generalmente lenta, pre-



dominantemente arquitectónica—creación artística, resultan importantes estos datos que aquí apuntamos sobre la esencial geografía para su buen desarrollo.

Este cielo nuestro es muy «atmosferizado», dando una luz pura, limpia y, sobre todo, muy clara; tanto por esta razón de atmósfera seca y altitud de la altiplanicie, lejana del mar, como por la poca vegetación de esta altiplanicie, como por la intensa reflexión que producen las partículas de detritus graníticos, que dan un suelo a veces casi de espejo. Sin embargo, no se trata de uno de esos cielos crudos, brutalmente azules, del Africa, sino que estamos aquí precisamente en un pequeño Tíbet europeo: claridad mucho más que azulidad. Tampoco las puestas de sol son tan sangrantes o tan fantasmagóricamente áureas como en otros lugares de Castilla: como en Sigüenza, por ejemplo. Hay sobre el doble robo de azul de esas contraatmosferizaciones crepusculares vistas bajo la Puerta de Alcalá, con la aparición de sus encendidos complementarios, unos tiznones grises o grises azulados, opacos; pudorosos velos que consiguen tapar la ignición máxima del cielo y que obligan a rasear sobre las sombras largas a una suave neblina cárdeno-violácea. En estos momentos de distensión, cuando la calle de Alcalá, increíble escenario—Rafael Sánchez Mazas lo comparó con el gran Canal de Venecia—, aparece en su máximo esplendor, todo crimen arquitectónico queda allí perdonado con tal que lo redima su silueta.

Pues bien: esta luz nítida y esta intensa atmosferización que ayudan a la formación de espacios amplios y a la visión de contornos precisos, crean ineludibles consecuencias, como la necesidad de proscribir el color azul en la edificación madrileña o la importancia de la aristación, o bien, la necesidad de cuido especial en los detalles ornamentales.

Y ALGO SOBRE EL CLIMA

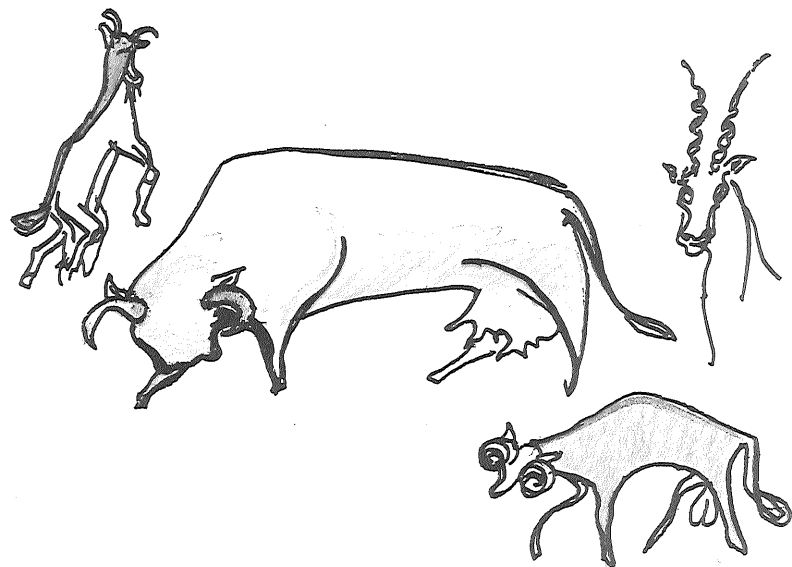
El clima aquí va siendo en estos años cada vez más suave. En verano pocas veces tenemos aquellas sofocaciones y aquellos asfaltos derretidos, en que se

hundían los zapatos. Rara vez nos visita la nieve. Los viejos más viejos de la localidad recuerdan cómo al principio se podía patinar bien en el Ventorrillo, cómo cada vez los clubs alpinos y peñalaros tuvieron que ascender más y más en su ubicación porque hay menos nieve y hay que buscarla más arriba. Pero todavía, y quizá por mucho tiempo, debemos pensar que los inviernos son fríos, y los veranos, calurosos, y que las calles con sombra y las terrazas con sol o con calefacción, han de ser aquí elementos de primera necesidad. El sol todavía se puede tomar fácilmente. Pero la sombra cuesta todavía mucho de tomar. Menos que antes, evidentemente, día a día, casi hora a hora, en las épocas de plantación y siembra, va Madrid y todo su espacio vital aumentando su reserva de verde. Este es recibido ávidamente por la ciudad. Le dulcifica su clima, indudablemente. Y algunas veces por una suave brisa, por una más tibia atmósfera de humedad, al enfilarse una de esas calles sin fin y terminando sobre el invisible abismo, puede el paseante imaginarse, por un momento, que se encuentra en un puerto de mar.

Los grandes vientos, como los de Zaragoza y los del próximo Escorial, que los había aquí también, aunque de tarde en tarde y limitados a mayo y abril, tampoco tratan de levantarnos en vilo ya.

Pero todavía, y quizá por mucho tiempo, debemos pensar en que son inaguantables las viviendas «insolecinadas» por el Poniente, y que las noches de verano son verdaderos jubileos, que deben ganarse, y que el «gris» que se filtra por la pobre carpintería de nuestras casas—hasta en las de lujo—, ese «fino viento de la sierra, que no apaga un candil, pero mata un hombre», según el dicho antiguo, debe ser detenido por carpintería a ser posible, doble y bien ajustada, y, si no, al menos por buenos burletes.

Y debemos seguir pensando cómo los grandes ventanales son difíciles



y casi siempre desaconsejables, y cómo los toldos y toldillos y persianas son artículos de primera necesidad. Y pensando en los árboles sobre todo; en que nos acompañen siempre en nuestros recorridos apresurados y en nuestras humilladas esperas...

EL MANZANARES

¿Que qué le va al Manzanares?

Las manzanas, señores, como su nombre indica.

Le van los jardines-huerta, los «potager» españoles, que son casi los jardines árabes; y los viveros. Y también las praderas civilizadas y sus alamedas, y le van los baños y piscinas, los deportes acuáticos y la pesca, que, en su tiempo de cauce generoso, debió de prodigar. Y hasta soporta la ligera construcción muy fundida en el paisaje casi campamental, en este «situ» de tan antiguos campamentos como hoy se descubren. Pero no le van los bloques de viviendas bonificables o sin bonificar, ni los almacenes, ni las fábricas, ni los silos, ni los depósitos de chatarra.

Este era, y seguirá siendo a pesar de todo, por la fuerte erosión habida, más bien un río separador que una calle de agua. Suavemente separador, como la línea que separa casi siempre la vida de la muerte, como lo que debió separar el Madrid de los vivos de toda especie de esta otra especie de Madrid, más retirado, para monjes y contemplativos y para cementerios que ya, en otro tiempo, jalonaron con negros cipreses los cerros y bancadas detrás de la otra margen. Siempre habrá que bajar y volver a subir para volver a traer las gentes que vivan a uno y otro lado de este curso de agua suavemente separador; y siempre la comunicación, muchas veces a través de estrechas gargantas viarias—calle de Segovia, calle de Toledo—será difícil obstáculo circulatorio, gratuitamente añadido a los que la circulación rodada, en su no prevista intensificación, ha ido ya amontonando y siempre constituirá una nueva insistencia en al anti-

quo centro de gravedad de la ciudad el hecho de que ésta se siga desarrollando también ampliamente al otro lado del río. Aquí hubo un gran error conceptual y una falta de valor, cuyas consecuencias hemos de purgar mucho todavía.

LA SIERRA

Es el anhelo, el «helan», la «Sehnsucht», de Madrid.

El jamón y los cuerpos que lo están son serranos. Ya hemos señalado en otras ocasiones su importancia en el ser y destino de Madrid. Madrid debe avanzar—hoy puede hacerlo a marchas forzadas— a tomar posiciones y posesión de la Sierra. Pertenece ésta a su espacio vital y constituye una gran reserva de aire puro y agua fina; aire limpio y agua clara, que aseguran la salud y la inteligencia. Cuando esta posesión sea un hecho, cuando las nupcias de Madrid con la Sierra se consumen auténticamente, certifico que la capital de España se habrá encontrado de verdad a sí misma, buceando alegre y viva en su maternal protoplasma.

Pero la conquista de la Sierra no puede servirse del establecimiento caprichoso o especulativo de agrupaciones más o menos importantes de vivienda; tiene que apoyarse en un sistema ganglionar de centros de población variable a lo largo de las comunicaciones ya existentes o en alguna otra que se patentice necesaria y, para decirlo de una vez, sobre una base colonística.

Hay muchas más posibilidades acuáticas en nuestra Sierra que las que a primera vista se reconocen, e incluso de pequeña industria. No digamos si de vacas innumerables sobre praderas o de granjas cacareantes entre pinares.

LA PRADERA

La «Valleca» o pequeño valle, el prado ribereño, la chopera o la alameda, son entidades básicas del Madrid verde. La persistencia e importancia de prados y praderas en la toponimia de Madrid, que culmina en el cortesano Salón del Prado y en la verbenera Pradera de San Isidro, denotan la persistencia e importancia de lo que hemos llamado el «silvestrismo» de Madrid.

Hay que seguir desarrollando esas alamedas de vaguadas. Prados civilizados, a veces convertidos por cortesía y cortesanía hasta en salones, y con muchos árboles de la región. Con chopos, y álamos, y arbustos ribereños, y plantas tapizantes, seleccionadas y «domesticadas»; pero sin privar a nuestra jardinería de su matiz ligero, silvestre, huyendo de excesivas maceraciones decorativas y de la mimización de recortes peluqueros.

Escalonándose en fiel adaptación al terreno, en perfiles recogedores de humedad, predominantemente cóncavos, tal como trabajaron la jardinería los árabes. Y, sobre todo, con agua. Con agua remansada y con agua circulante y saltante. La política del levantamiento de fuentes, de extensión de estanques, es la gracia que Madrid probablemente más agradece.

LAS LOMAS

Caballeros ingenieros: Importa mucho no destruir el suelo de Madrid con cortes a mansalva; respetemos su topografía esencial. Entre otras cosas, Madrid tiene muchas cuestas y costanillas, lomas y cerros, que demandan humildemente atención, por su gran modestia, y que, como es natural, piden tratamiento idóneo para la edificación—que no puede ser en alineaciones rectilíneas—. Y asimismo para la jardinería. Aquí, en equivalencia al prado civil, es más bien una sierra civil lo que hay que procurar.

Pinos y abetos, cedros y robles, y también los fuertes y duramente olorosos arbustos: jara, retama, juníperos, romeros. Robledales y castaños donde haya más agua, encinares y coníferas donde se encuentre poca. Y no olvidemos al nobilísimo olmo, cuya belleza resiste hasta el amuñonamiento. Ni exterminemos la característica acacia, que con esos troncos tan negros cuando se moja y ese follaje menudo, aéreo, tamizando la luz del sol, tan característica resulta para Madrid y tan bien encaja en sus zonas intermedias entre la loma y la valleca.

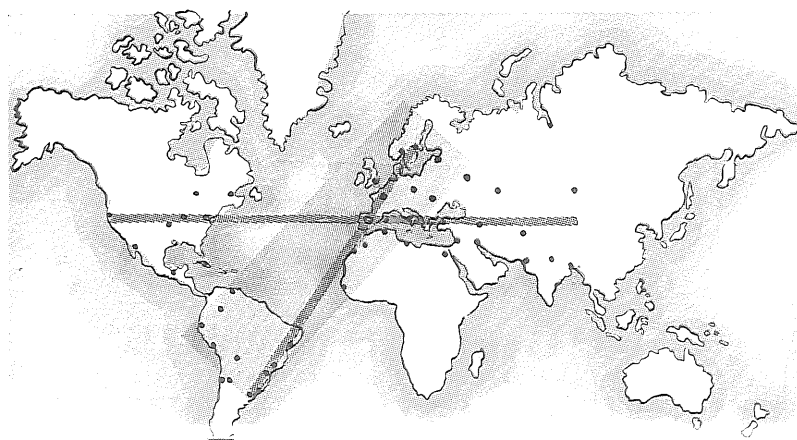
Hay mil especies—nuestra Sierra es probablemente la más rica del mundo en especies vegetales—, susceptibles de ser civilizadas, domesticadas—como lo fué en su tiempo la gallina salvaje y la rosa silvestre—con cuidado y con tesón.

Los altos del Hipódromo, El Viso, la Ciudad Universitaria y tantos otros lugares reclaman tratamiento de este orden.

EL MAPA

Y ahora, al «mapa». En ese mapa burgués, estrictamente europeo, Madrid se nos quedaba evidentemente a trasmano. Si España entera, según el hondo sentir de Machado, no era más que «un rabo por desollar de la vieja Europa», ¿qué podría ser Madrid? Pero en este mundo actual, en que los cinco continentes están, y no pueden dejar de estar siempre presentes, en cuanto las cosas toman su natural gravedad y el mapa se pone del derecho, es decir, con el eje sobre el Atlántico y no sobre el Pacífico, entonces—y que coja inmediatamente un mapa el que no lo vea bien en su memoria—España se queda en el centro del mundo y Madrid, como «la crême de la crême», en su ombligo.

En un esfuerzo de avanzada hacia el mundo de más fuerte e inmediato porvenir y rozando, acariciando con mimos europeos las costas de aquel continente del cual quizá el más lejano futuro puede depender, o por lo menos depende,



indudablemente, el futuro inmediato de toda la Europa occidental. Así Madrid vendrá a ser forzosamente alto obligado en la ruta aérea de toda Europa, con Africa occidental y con la América hispánica, hacia donde España adelanta su mensaje, y de Europa meridional con América del Norte, y recíprocamente. O sea, un alto en la red de comunicaciones más viva de nuestro Universo.

Pero por otras razones que todos conocemos, el papel de España y de su capital, Madrid, no ha de quedarse en simple mensajero. Los síntomas actuales, el haber levantado y mantenido con entereza y tesón una clara bandera, autorizan a pensar que seamos mensajistas también.

En un supremo esfuerzo, la Europa unida puede y debe procurar irradiar su mensaje espiritual y definitivo. A eso tienen que contribuir también Escandinavia, para el mundo nórdico y aun boreal; España, para el Norte de Africa e Hispanoamérica; Turquía, para el mundo árabe en general. Para ello hay que prepararse, y si todo ello parece rebasar el ámbito y la intención de estas cartas, no rebasa. sino al contrario, sirve para enmarcar perfectamente «el plano del cuadro» de nuestra perspectiva. Y las consecuencias que de esta visión se deducen son terroríficamente gratas, en cuanto representan exigencias, a una escala ya universal, para nuestro Madrid. Entre otras cosas, y para no citar más que dos ejemplos de mucho bulto, la necesidad de tener un aeropuerto a la altura para hacer de mensajeros y una Ciudad Universitaria a la altura para hacer de mensajistas.

Vamos a curarnos ahora de grandezas y nos dirigimos al plano regional.

No olvidaremos que si Madrid no era mucho en el plano europeo hasta ahora, aunque evidentemente puede llegar a serlo para esa necesaria Europa del futuro, desde hace siglos, sí que es mucho y cada día más para España. Y ha sido y será siempre mucho para su pequeña comarca, para ese espacio vital que limitan el Tajo por el Sur y la Sierra por el Norte.

Este solomillo planimétrico es el que debe de ser por nuestra ciudad más apetecido. El que va de San Martín a Escalona, sobre el Alberche, hasta Talavera, y por el Tajo, hasta Toledo y hasta Aranjuez; y siguiéndole y saltándole hacia el Norte, hasta Pastrana, recorriendo luego la Alcarria, y por el Henares, hasta Cogolludo, y luego, de Sierra en Sierra, hasta la del Guadarrama.

Por todos los caminos de las vertientes de las sierras y de la altiplanicie, por todos los de sus ríos mayores y menores, debe nuestra ciudad andar sus aventuras y sus trabajos en una apretada y matemática labor civilizadora. No creo que esté muy lejano el día en que, a tenor de los tiempos, lo mismo que una nación pase a ser una región, un Municipio tenga que crecer a Comarca. Entonces Madrid será todo ese espacio tan entrañable que acabamos de limitar.

Tercera carta

CULTURA Y CASTICISMO

EXCUSA Y SOBRE EL CHOTIS Y EL «MAJISMO»

Señor Comisario del Gran Madrid: Tampoco debe extrañarle que esta tercera carta se inicie marcando unos pasos de chotis. Porque sobre eso de que el chotis, por muy escocés que sea de origen, estuvo avencidado, de toda la vida, en Lavapiés, y lavado, cosido y planchado por los «pichis» de la Arganzuela, creo que no hay duda.

El chotis no es un baile de suaves y amplios giros, ni de pasos más o menos lánguidamente trenzados, ni de paseo militar, ni de saltos «a lo loco, a lo loco», ni de simulacros de flan con las caderas; es sencillamente un consciente, concienzudo y primoroso bordado de «desplantes».

O sea, que la música va por dentro, y que aflora al exterior en actitudes, y que esas actitudes terminan en aristas—o terminan en punta—enfrentándose con todo lo que, espacial y temporalmente, pueda ponerse por delante.

Eso es, precisamente, que por ser uno echado para delante, no admite que nada se le ponga por delante, o le entorpezca o dificulte la realización de esa real gana, tan de los zodiacales leoninos típica y architípica de los legendarios leones de Castilla y León, como de los gatos de Madrid. Tal actitud vital irremediable,



irrenunciable, es la que provoca ese majismo y esa chulería, en especial efervescencia en aquellas épocas o crisis de crecimiento o «edades del pavo», que sufren también las ciudades. La intimidad misma de tal actitud, su reconcentramiento y, también, por otra parte, el buen oficio y la exigencia de obra bien hecha y su lirismo más puro y más popular, se encuentran concentrados en este minucioso y riguroso baile, que con el otro extremo de las actitudes gallardas ante la vida y ante la muerte, son los únicos residuos de valor cultural que resultan de esa manera de ser, que es propensión de Madrid y sus nativos.

TRADICION Y GUARDARROPIA

¡Cuidado! Porque un milímetro—aunque los arquitectos solemos despreciarlo siempre—puede tener en este momento gran importancia. Puede separar un anecdótico casticismo—y nos complacemos aquí en emplear el lenguaje orsiano—de una categórica y noble tradición. ¿Hasta qué punto los elementos a que pasamos revista, y que constituyen parte esencial del repertorio y aun de la guardarropía del casticismo de Madrid, pueden tener sentido cultural, valoración permanente, a la que ha de ser fiel nuestra ciudad? ¿En qué parte constituyen sólo una costra más o menos gruesa de casticismo casposo, que debemos arrancar y cepillar para dejar limpio el Madrid categórico ante nuestros ojos? Debo declarar que me parece la cuestión ardua. Más fácil de contestar por su vertiente moral, o de intuir en su expresión artística, que de resolver en su problemática intelectual. Podemos aseverar—como en todas las cuestiones morales—: «por sus frutos los conoceréis», o podemos también exigir: ¡fuera lo que no tenga belleza!

En todo caso, sólo puede formar parte de una tradición aquello que es transmisible y vigente, no lo anacrónico; aquello que es desarrollable y perfeccionable, lo que no está muerto. Y, por otra parte, el más menudo casticismo puede ser un fruto echado a perder de un árbol venerable.

LAS FUENTES Y EL AGUA

Los historiadores antiguos escribieron, y el muy meritorio Mariano García Cortés nos lo recordaba: «Madrid, la osaria cercada de fuego y fundada sobre agua», aludiendo al berroqueño de sus murallas y del subsuelo cercano, y, por otra parte, a los múltiples arroyos y arroyuelos que surcaban su suelo y que, en su mayoría enterrados, pugnan algunas veces por aflorar.

Madrid debe, y así lo ha venido haciendo, en parte, dar salida y elevar—culturalmente también—estas aguas. Ha sido y es una ciudad de hermosas fuentes. Podría serlo mucho más si muchas no estuvieran destruidas, o mutiladas, o no anduviesen perdidas, o, por lo menos, escondidas. Debiera serlo mucho más todavía.

Esas cortesanas y atildadas fuentes constituyen, hoy más que nunca, un juego y una fiesta irónica y una caprichosa, calmosa, lujosa frescura en este «tiempo» acelerado, acuciado por la necesidad—y un poco atolondrado—de nuestra actual ciudad; nos hacen falta.

Alguna vez imaginé que continuaban por la Castellana y en sus prolongaciones, refrescándola y agraciándola, quitándole cierto seco envaramiento décimonónico, dándole desenvoltura y naturalidad y hermanándose con la silvestre jardinería, que a esta gran vaguada se le debe.

La madre Cibeles y el padre Neptuno, que siempre fueron parsimoniosos en cuanto al agua—el último incomprensiblemente—, iban a presidir satisfechos el gran festejo de darle al Prado y a la Castellana, a esa gran avenida-parque que va de punta Sur a punta Norte de Madrid, lo suyo.

¡Qué gran cosa fuera si aprovecháramos las incomparables posibilidades que brinda su perfil longitudinal, en suave meandrosa secuencia, y su perfil transversal, de amplio cuenco! Así lo habíamos previsto, y quizá llegue a verse un día (¡que todavía es posible!), con sus múltiples fuentes y su inmenso estanque—para saciar de una vez esa gran sed mesética—, en su excesivamente recta prolongación; con el verdor de sus antejardines particulares, sumándose a la de los prados y alamedas; con sus palacios privados y públicos, dominados en los terceros términos del cuenco por edificaciones más altas, y aun en los cuartos términos del

cuenco, por algún que otro rascacielos; que muchas cosas pueden estar bien para una vía así, pero no eso de asfixiarla, convirtiéndola en una calle de Torrijos cualquiera, de rapadas alineaciones. ¡Qué bella, qué única vía puede quizá todavía hacerse!

EL JARDIN ACADEMICO Y LOS OTROS

Existe otro elemento básico, además de Sierras, Vallecas y Lomas, para fundar y matizar debidamente la jardinería madrileña: el jardín «sabio».

De acuerdo con la ecumenicidad y el alto intelectualismo de nuestra capital, el Jardín Botánico—al que hay que proteger y mimar cuidadosamente—no es aquí un lugar apartado, dedicado tan sólo al estudio de la Botánica, sino que, además, es muy céntrico y muy visitado y paseado por el pueblo. Por ello nacieron auténticas pasiones y presiones, que se levantaron a favor de su reapertura. El Jardín Botánico, aproximadamente, puede repetirse, con gran ventaja para nuestra ciudad, en otros lugares.

Aquí si caben—a diferencia de los otros jardines serranos, vallecanos o lomeños—todas las plantas de aclimatación, en su conversacional variedad, asentando en lugares de honor a la generosa flora americana. Cabrían muy bien, por lo menos, tres jardines de este orden, unidos a los principales núcleos culturales madrileños, ciñéndolos con su naturaleza academizada: el existente, en el aristocrático barrio de los Museos; donde han surgido, ganglionariamente, a lo largo del «canalillo», los edificios de la Residencia de Estudiantes, del Consejo de Investigaciones, del Instituto Ramiro de Maeztu, el segundo. Otro tercero, en fin, en las partes bajas de la Ciudad Universitaria. Allí probablemente el Gran Jardín Botánico digno de nuestra excepcional tradición botánica.

El que preconcibamos los jardines sabios—como antes postulábamos para Madrid la jardinería serrana o la de praderas—no quiere decir que nos olvidemos del esplendor conseguido por el gran Retiro—que tiene muchas cosas buenas, aunque también es muestrario de muchas malas—, ni de la maravillosamente rápida

resurrección de la Moncloa, ni de la atención primordial que requiere la Casa de Campo, que, alargándose por El Pardo, debe constituir en el futuro un brazo verde potente, alargado hasta las repoblaciones precisas en las bajas laderas serranas. Madrid, que tiene buena sombra espiritual, no tiene buenas sombras materiales, o tiene, por lo menos, muy pocas. Una proliferación de pequeños jardines de barrio, de mínimos jardines de manzana, en los casos posibles, unidos a un buen orden de espacios de esparcimiento y deportes, harían increíblemente más amable la vida de nuestra ciudad.

LAS TORRES

Ya hemos aludido a las torres, a las pocas que Madrid tenía y a las muchas que ciertos feudalismos actuales tratan de levantar. Mucho cuidado, que esto puede no ser cortesano ni cortés. Y además puede atentar contra el genio de la ciudad en sus zonas más delicadas de expresión plástica.

Las torres de Madrid—torres castellanas, al fin—no son delgadas ni independientes torres, exentas de los otros cuerpos de edificación—como pueden ser las italianas—, sino orgullosas, bien plantadas y bien encajadas en el perímetro total de los edificios; fuertes, cabezudas—hasta quizá un poco achaparradas—, bajo el peso a que su nobleza capitalicia las obliga, pero levantando animosamente hacia lo alto—con el peligro veletero o veleidoso inherente a todo cortesianismo—la grácil y ágil independencia de su espíritu.

Que no quiera encontrarse aquí filípica contra los rascacielos, sino contra un «rascacielismo» provinciano o colonial. Pero hay que pensar que no sólo de ubicación, de riqueza y ornato, sino también de jerarquía de volúmenes viven las valoraciones plásticas entrañables, expresivas del genio de una ciudad. Y que en nuestro Madrid jamás una torre de viviendas más o menos protegidas, o de oficinas más o menos extraperleantes, puede dominar jerárquicamente, pongo por ejemplo, las torres de Nuestra Señora de las Comunicaciones o las torres del Ministerio del Aire.

MATERIALES DE CONSTRUCCION Y LIMPIEZA

Y ya que hablamos de torres y de edificios, metámonos con los materiales de construcción.

La difícil síntesis del Sur y del Norte, del Este y del Oeste, atempera nuestro clima cultural. La teja y la pizarra, el berroqueño y el ladrillo, con su complemento o tercero en concordia, que es la caliza de Colmenar, han venido siendo los materiales tradicionales de la arquitectura madrileña. A ellos, evidentemente, la necesidad de añadir hoy aquellos otros materiales de aportación más reciente: los metales, el hormigón, los vítreos y los plásticos. ¡Pero cuidado con algunos! Cuidado, por ejemplo, con el vidrio. Lo siento por los cristaleros, pero a Madrid no le sientan generalmente bien vidrios ni cristales.

Ya intentó ese genial indio bravo de la cantería, que es nuestro Vainborough —me refiero al gran arquitecto Antonio Palacios Ramillo, figura que preside el primer tercio de siglo en la edificación madrileña—, con fracaso, la asimilación para Madrid de los grandes vanos acristalados. Porque a nuestra luz pura la ensucian los brillos cristalinos con sus reflejos chillones y sus negros sordos. (Lo que tanto atrae a Mies Van der Rohe.)

Otra cosa que no acepta con agrado nuestra ciudad son las aceras con loseta de cemento. Mucho menos las coloreadas. Porque el cemento, en general—no el hormigón—, por ejemplo, en los revocos, proporciona una inerte pasta muerta, que enturbia—al revés de la cal—la luz cristalina que nos disfrutamos, con una voz ronca y sorda.

¿Puede decirse que la inmensa mayoría de los materiales de construcción que aquí se utilizan son una vergonzosa porquería? Y eso es lo que no resiste la pureza del agua, del aire, del Madrid de la Virgen de la Paloma: la porquería. Otras ciudades hasta potencian su belleza con pátinas, musgos y mugres. A Madrid nos lo sacan de quicio.

EL TEATRO, EL «CINE» Y LA LITERATURA

Que Madrid tiene vocación literaria, ¿alguien lo duda? Aquí la Academia de la Lengua se llama la Academia a secas. Aquí se ha dado más densidad de altura en la creación dramática que en ningún otro lugar del mundo.

Madrid o sus alrededores dieron a luz a los cinco grandes de la prosa castellana.

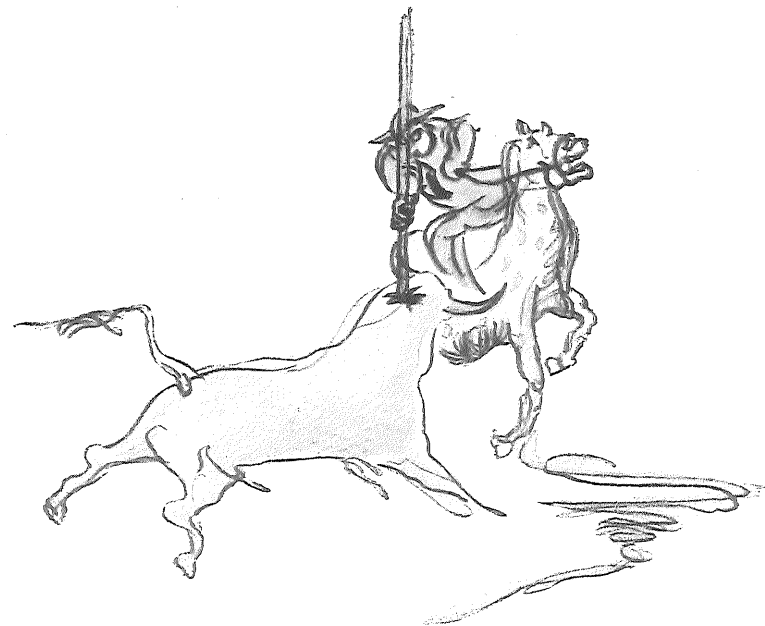
Aquí—con la aportación de las provincias—tuvimos un «siglo de oro», y ahora mismo, andamos quizá metidos en otro «siglo de plata» para las letras. (Así lo pensaba Giménez Caballero, que habló, el primero, del genio de España.)

En Madrid hubo siempre mucho teatro y mucha vida teatral, y hace poco nos ha venido naciendo en nuestra Gran Vía el desfile de los mejores «cines» de Europa.

Lo mismo puede decirse de la novela y de la Prensa. Estos periódicos de Madrid fueron los más ensayísticos que se conocen. (Y hasta los toros se hicieron aquí literatura.)

Pero hay dos creaciones entre todas, la zarzuela y las comedias menores, que son las más típicas de nuestra ciudad: el género chico y el sainete. No es indiferente, de ninguna manera, el que el intercambio entre el teatro y la calle haya sido tan intenso—de la zarzuela a los desahogos cantantes y sonantes y de los sainetes a los dichos y posturas conversacionales.

La «señá» Aquilina puede resultar cualquier día anacrónica, y el «señó» Eme-terio, a lo mejor, se olvida; pero los despachaderos de la una y el aguante protestón del otro están ya, por siempre, en la sangre de Madrid. Dicen que el genial Arniches buscaba y hallaba en el Madrid castizo sus tipos, que tomaba sus apuntes del natural. Pero la verdad es también que dejó léxico y postura espiritual al lenguaje con que Madrid habla y se entiende mejor.



Muchos no se dieron cuenta, pero los «flash» de la intimidad madrileña más puros se encuentran en ese «género chico», con música y sin ella. Por ejemplo, ese respeto a las jerarquías inermes, de que hablaba Eugenio d'Ors. Otro ejemplo: esa fragilidad—tan bien conocida por Chaplín—de los puntos que unen la ternura con la docilidad y con su opuesto la resistencia, para no mencionar aquello que apenas separa el puro sentimiento del puro disparate. Y no hablemos del valor y del amor a lo auténtico y a la honra.

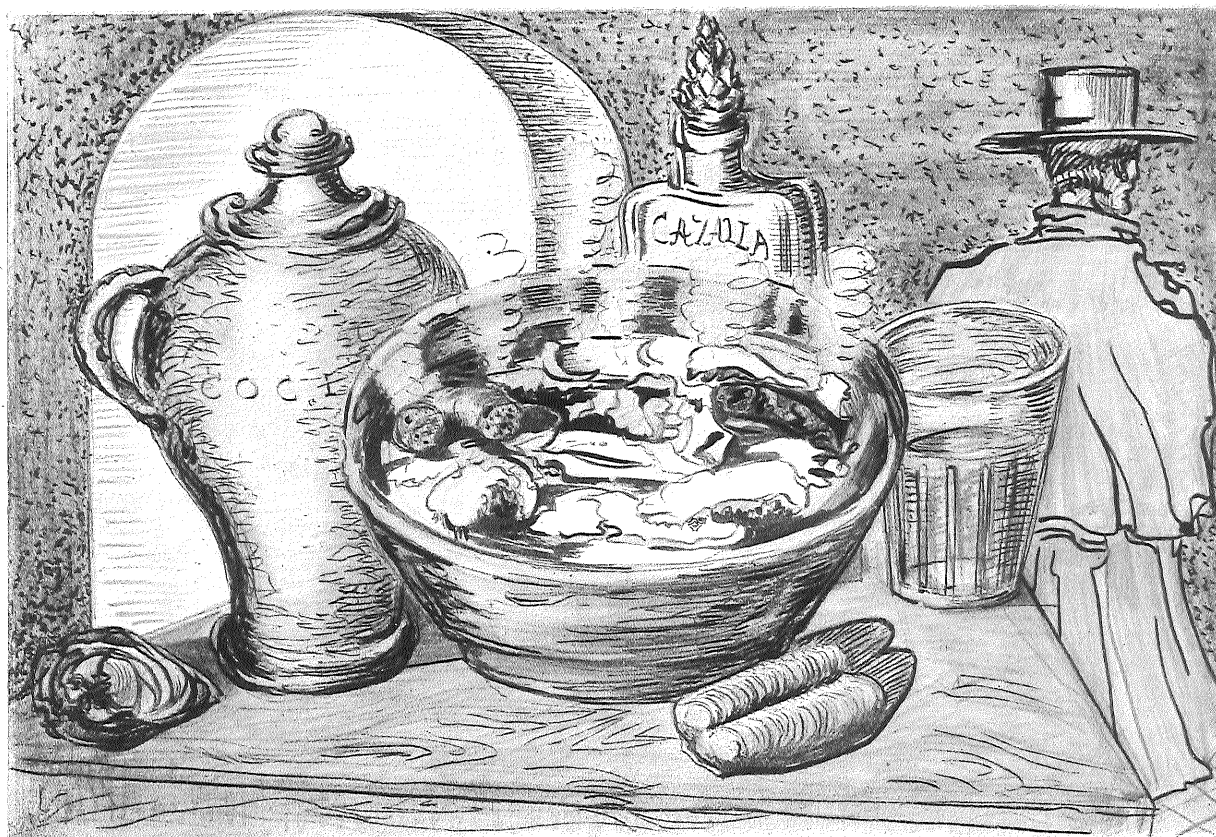
Se viene ya repetidamente avisando, por plumas lúcidas, del peligro que representa este anegamiento de los madrileños en los mares de la prosperidad demográfica para la pérdida de sus más íntimas esencias capitalinas. Uno de los mejores antídotos contra el veneno de lo que, en resumen, es grosería embotellada—de frecuente importación madrileña—se llama Arniches.

TERTULIAS Y MENTIDEROS

En ellos brilla, a veces en fulguración increíble, no sólo la proverbial viveza de los mejores madrileños, sino un ingenio sin igual para la creación del chiste, para la lanzada en la diatriba. Todo ello se entenebrece a veces bajo amarillentas nubes de oscuro humo, de un peligroso resentimiento personal y social.

Octavio de Roméu ha dicho que el piropo no es más que «un madrigal de urgencia». El chiste demoledor, el cruel chiste político, vivo como la picadura de una avispa, no pegajoso e insistente como el run-run de la chunga de nuestros meridionales, es también en el fondo una catilinaria de urgencia. Si esa polilla de la envidia fué signo unido siempre a las otras polillas y caspas de antiguos mentideros madrileños, ello no empece a que el genial criticismo de nuestro pueblo busque y deba encontrar, al barrerse antiguallas, campo adecuado: un foro, un grande y claro foro—que Madrid no tiene y que debe crear—donde se explye a plena luz la formidable y necesaria actitud crítica de este pueblo.

Hasta ahora, Madrid se servía, a estos efectos, de los cafés y de los bancos.



Otros bancos, que no los viarios florecen, y sólo retroceden en su increíble prepotencia ante los herederos de aquellos cafés: las cafeterías.

(Que Madrid no sólo es capitalicio, sino también ha sido, en su corta vida de predominancia burguesa, capitalista.)

LA CAPA MADRILEÑA, EL COCIDO Y LOS «CALLOS»

A las tradicionales tertulias y mentideros iban los madrileños en invierno, embozados en sus capas, resto del atuendo de pastor convertido en prenda de señor; abrigo excelente para interceptar el fino aire de la sierra. Dibuja arrogante recorte y airosa silueta a los «gatos» para que puedan presumir. Pero para nosotros tiene especialmente el valor de insistir en el recuerdo de que Madrid fué una villa ganadera y que sigue esperando que se le restituyan los grandes bosques y los buenos pastos.

La capa nos lleva ya de la mano a todos los tipismos posibles habidos y por haber. Pero, entrando en una buena tasca, nos limitaremos, prescindiendo de más comercio y del bebercio, al «coci» y a los callos... Le toca el turno al «cocido». El buen «coci» madrileño, integrando en un solo plato, para la buena y completa nutrición y para la rápida y frugal comida y para el buen calor y el excitante olor, los mejores productos del país. Es un plato claro y duro como este suelo; de sustancioso caldo, no de turbia salsa. Es sopa también, pero mucho más que sopa es un potaje—concentrado en el garbanzo, que se basta, sólo él, para definir nuestra tierra—, y es, además, una verdura y un plato de carne y una maravillosa síntesis, con el orgullo de «tener de todo». También es una de las cosas que al prospectista o al proyectista de Madrid no se le debe escapar en su trabajo: eso de tener de todo.

Y vamos a terminar la carta con los «callos». (Y no olvidemos aquellos que dan su trabajo a los callistas, pues los pies en Madrid han tenido, tienen y ten-

drán su importancia. El trajinar las cuestas, las bravas cuestas, y el saber bien marcar gracioso paso con los pinreles: todo eso tiene lo suyo.)

Pero aquí nos referimos a los otros callos, que éstos sí son ensalsados; pero con una salsa de verdadero milagro. Milagro muy a tono con el genio de Madrid, que ha sabido siempre suavizar las asperezas de una bronca, o de una reyerta, o de unas palabras de más, y dejarlo todo suave como un guante, como son los callos. Ha hecho falta, eso sí, la broma o el donaire oportuno, ese picantillo chistoso del chorizo.

Cuarta carta

HISTORIA Y BIOLOGIA PROFETICA

ULTIMO ENVIO

La última carta, señor Comisario, y algo atrasadilla. Escrita para tratar del pasado y del futuro, más que sobre cosas presentes. De aquel pasado que dejó lección y crea tradición, y de ese futuro que no hay quien lo pare. Futuro que el urbanismo, que merezca tal nombre, debe no sólo

prever, sino canalizar. Porque, parodiando a Tayllerand, diríamos: buen urbanista es el que convierte en posible lo inevitable.

Así presentaremos al Madrid que fué en siete «píldoras» para extraerle definitiva enseñanza. Según lo que fuimos, lo que está siempre en nosotros; que los gérmenes aparentes o soterrados contienen siempre posibilidades de desarrollo.

LOS PRIMEROS MADRILES CAMPAMENTALES Y RIBEREÑOS

En la oscuridad de los tiempos, pero en los claros entre encinares, pinares y madroñeras, podemos vislumbrar osos y elefantes, ciervos, toros y caballos, y las tiendas, cabañas y cuevas de cazadores y de pescadores de un primer Madrid campamental y ribereño, a las orillas del Manzanares, menos erosionado y



más río que hoy. (Alabemos su cuido, aplaudamos esa ideica de llevar a unas fieras «medio pensionistas» de la libertad a la Casa de Campo; lancemos un hurra por un Manzanares ganado para la vida deportiva, un doble hurra por su porvenir bañístico, pesquero y aun navegatorio; un triple hurra, por la densa repoblación de sus márgenes.)

Sobre los regionales aborígenes, pueblos venidos, primero, directamente del Africa, luego del Levante, por fin norteños (que ya comienza Madrid sus funciones integradoras), van poco a poco, fundidos, fijando sus viviendas, guardando baños, torneando más alfarería y tallando menos sílex.

Cuando el pastor se dobla de agricultor y empieza a dejar memorias, los poblados se llaman «Villaverde», «Aravaca», «Vallecas». (Acordémonos que fueron los primeros «madriles», los fundacionales.)

MADRID, ENCRUCIJADA Y VILLA MENOR

En seguida vienen a ser estos primeros «madriles» puente, «parada y fonda» (como hoy lo son esplendorosamente) en la pista romana de la Tarraconense a la Emérita (Barcelona-Madrid-Lisboa es la gran autopista, hoy también necesaria), y en los caminos del Tajo a la Sierra (su verdadero espacio vital). Y necesita ser defendido este tradicional lugar de defensa, desde el antiguo castro romano, desde donde hoy están el Puente de Segovia y el Alcázar y desde donde estaba el Cuartel.

Así, fué reducto fortificado, después de perdido, conquistado, arrancado otra vez por los árabes y «liberado»—parecía que—definitivamente por Alfonso VI.

Mientras tanto, se ha convertido ya en un pueblo de más de 3.000 habitantes, con praderas y huertas y montes de caza, agrupando barrios de moros y de judíos y barrios «francos», de arios, que se extienden en caseríos hasta los Atochares. Es entonces cuando, por la Virgen de Atocha, serán resucitadas la mujer

y las hijas de un alcalde, a las que éste cortó sendas cabezas, por defender, perdida la villa, su honra.

Viene el momento cenital del Madrid antiguo: el que presiden—con su sencilla aureola de luz pura, ecuménica y agropecuaria—Isidro y María de la Cabeza.

Antes de terminar la Edad Media, con Enrique III, doliente y cazador, Madrid luce ya otra brillante aureola: la de ser, por primera vez, residencia del Rey.

LA VILLA MAYOR

Cuando la Reconquista crece—Madrid, que es antesala de la capital, Toledo—también. Otra matrimonial pareja ha de darle gloria para las armas y las letras: sendos secretarios de los Católicos Reyes, el adelantado capitán Pedro Ramírez y Beatriz Galindo, docta en latines, que fundan un hostel de viajeros, un hospital de enfermos y un convento de sabios. (Refugios, los tres, en orden distinto, que marcan ya definitivamente el carácter de esta «matriz» o madriguera.)

Con los capitanes y letrados, dan también las mejores estirpes madrileñas vocaciones misioneras en ultramares, a veces coronadas con la palma del martirio.

La unidad empieza a sentirse desde entonces, y por siempre misión también: Madrid «toma la primera voz por el Emperador Carlos», que hace del antiguo alcázar, un monumento, su palacio, mientras la torre primera entre sus pares recluye al Rey francés, como su austeridad se opone a galas seducciones y frivolerías.

El Rey Prudente, el primer gran burócrata y administrador del mundo moderno, funda en El Escorial los primeros Ministerios, tan parecidos a los actuales. Madrid inaugura entonces sus tareas y su destino de gran repartidor, uno de los más firmes.

Sucursal de Corte con sus «caseros», de un carácter provisional e inseguro, lo que ha de contrarrestar siendo, siempre que puede, «la ciudad alegre y confiada».

LA VILLA Y CORTE

Luego, satisfecha, ensancha con sus 10.000 habitantes, rompiendo el antiguo recinto y trasladando más lejos sus cuatro puertas: las de Alcalá, Atocha, Toledo y Fuencarral.

Con los Felipes es ya Madrid la Villa y Corte, y se alza en el plano mundial mostrando lo que ha de ser, la lista de los cinco grandes de la española literatura: Cervantes, Lope, Quevedo, Calderón y Tirso de Molina, y también integrando los delirios del cretense con los reposos del sevillano en un mismo natural realismo espiritualista y elegante, encontrando su arquitectura de caserón-palacio y de conventón-iglesia, mientras por sacar madera para ellos y cultivar huertas con las que alimentar a sus habitantes, se acelera esa gran ruina—que hoy empezamos a reparar—de la despoblación de sus bosques.

Van quedando sólo oasis protegidos, los «Reales Sitios»: San Lorenzo, La Granja, Aranjuez, La Zarzuela, El Pardo. Los Borbones han de mimarlos en su intimidad burguesa, siguiendo la tradición de fiestas y festejos, en las que aquellos Sitios y el Buen Retiro y toda la Villa y Corte se engalanan frecuentemente con decorados provisionales, de barrocas licencias, que Ribera, en piedra, eleva a definitivos e inmortales.

LA CORTE CAPITALICIA

Madrid asienta por siempre su dignidad y mando con Carlos III y sus alarifes go-



bernantes y edificatorios: el conde Aranda y Floridablanca; Sabatini, Ventura Rodríguez y Villanueva. Se fundan Museos, Academias, Observatorios y Aduanas en edificios que dan, por fin, a Madrid valor arquitectónico de primer orden. Se arreglan calles y se alumbran fuentes, y es curioso observar que la alta misión de las luces coincide con la epifanía de lo espontáneo y costumbrista, integrando las aristocracias y el pueblo (lo cual es muy genialmente madrileño). En este vértice universal y pueblerino, castizo y afrancesado, entero y contradictorio, culmina otro pintor para Madrid ganado: el soberano Goya.

Sigue un segundo golpe civilizador en la fernandina década de Calomarde. (Que todo lo nuestro es por «rachas».) Ya Madrid tiene su abastecimiento de aguas, su Dirección de Minas, su Bolsa, su Conservatorio y su Opera. (Pero no tiene, ni tendrá, nunca, su Catedral.)



LA CAPITAL PROGRESISTA

Reformas urbanísticas y político-estatales y sociales y administrativas, de signo provincianamente napoleónico, van transformando el Madrid popular—aristocrático y villarino—cortesano, en una ciudad progresista. (Es un resumen de todas las virtudes y defectos españoles, porque es ya la verdadera capital nacional. Pero sigue, siempre que puede, «alegre y confiada» hasta en su triste destino, al presidir la decadencia, la traición y la ruina.) Tal desarrollo no se completa hasta el primer tercio de nuestro siglo, después de uno entero de crecimiento físico, con el total rebasamiento y final destrucción de sus murallas, creando un ensanche,

especialmente con los barrios de Argüelles, Pozas y Salamanca, con sus «casas de pisos», y unos suburbios con sus «hotelitos», sus jardines canijos y apenas industrias, y sin conseguir acabar de ser nunca una normal capital burguesa europea. (Que Madrid, por ese camino, no se encuentra a sí mismo.)

LA GRAN CIUDAD

Pero es entonces, cuando por una España preagónica, se realiza el milagro de alumbrar, a fin de siglo, otra vez una minoría intelectual selecta, capaz de semillar las nuevas generaciones.

Estas avanzaron con el siglo, levantando imponentes Bancos y cómodos hoteles y una tupida red de comunicaciones, coronadas por la Casa de Correos, por el «Metro» y por la Telefónica, todos muy felices en Madrid, pues eso se da aquí muy bien, como sabemos.

Cuando el siglo entra en su segundo cuarto, aparece un extraordinario signo de grandeza: la Ciudad Universitaria; cuando entra en su segundo tercio, otro: la voz joseantoniana. Prometen a la ciudad más elevado destino que, ya larvado, el capullo tronante y sangrante de la guerra oculta—tras unas defensas bravas y genuinas y unas crueldades, en parte de importación—, pero que hoy nace y hemos de ver, si Dios quiere, radiante.

El crecer esforzado de hoy, sus glorias y peligros... ¿No los siente el corazón de Madrid?

EL CORAZON DE LA CIUDAD

Está en su centro, más bien cercano a la cabeza, y no debe confundirse con su ombligo. Porque una ciudad es también un organismo vivo, querido urbanista

de la calle de Alcalá. No sólo un organismo vivo, que nace y se desarrolla. Porque además, es un ente de razón, como instrumento colonizador y educador que es, y además es una obra de arte: una creación del espíritu. Todo esto es, fundamentalmente, queridos urbanistas de la calle de Alcalá.

Este corazón circulatorio de la ciudad ha ido lentamente cambiando de lugar hacia el Norte, hacia el Este, hacia el Noreste. Debió de iniciarse primeramente al borde del río, luego en la barrancada, donde hoy está el Viaducto de Segovia, acogerse después a la capilla de San Isidro, para hallar acomodo más tarde en la plaza de la Villa y en su hermana excrecente la plaza Mayor, por fin en la Puerta del Sol.

Vamos a decir que, desde entonces, Madrid no ha encontrado su corazón.

Lo buscó por la Red de San Luis; pero como no hicimos la reforma interior necesaria, no lo encontró. Lo buscó en la Cibeles, pero el cercano Retiro lo hubiera puesto pronto a enfriar; lo busca Castellana arriba, Bulevar abajo, pero no lo encontrará.

No lo encontrará, porque el desarrollo último de Madrid, después de la Guerra, es en todas direcciones y, por tanto, sin brújula, asfixiando un resto de viejo corazón todavía alrededor de la Puerta del Sol, aproximadamente. Y no lo encontrará, además, porque un Madrid tan grande como el que se nos está haciendo no puede tener un solo corazón, que más que corazón sería ya—como los que disfrutaban los borrachos—una verdadera plaza de toros.

Madrid tendrá que volver a ser «los Madriles».

LA CIUDAD Y LA METROPOLI

Porque lo mismo que una «ciudad» no es como un «pueblo» grande, tampoco una «metrópoli»—y si una gran urbe no lo es, no estará nunca justificada—puede tomar figura de una «ciudad» ampliada.

La construcción, la urbanización, el género de vida; el continente y el con-

tenido de una metrópoli no son, no pueden ser, los mismos que los de una ciudad, por grande e importante que ésta sea.

En primer lugar; la metrópoli es un foco de colonización; en su espacio vital y fuera del mismo. A veces, incluso, cuando es potente y tiene fuerte mensaje, a través de los mares. Tiene «colonias», y si no las tiene, no es metrópoli, y la urbe es entonces, puramente, una elefantiasis. En segundo lugar, no se compone como una ciudad de «barrios» con mayor o menor personalidad, sino que está constituida por una integración de ciudades. Cada una tiene clara individualidad y, hasta cierto punto, se basta a sí misma, no complicando excesivamente la vida diaria del otro elemento integrador, de la verdadera ciudad central y metropolitana alrededor de la cual no sólo giran las demás, sino que puede girar, a veces, todo un imperio.

En tercer lugar—y sólo queremos aquí destacar las diferencias esenciales—, la ciudad metropolitana, por la calidad de su urbanización y de su construcción, por los elementos representativos y extraordinarios que contiene, y hasta por su «imponencia» y carácter, ha de resultar la expresión plástica del poderío metropolitano y de la superior calidad del mensaje que lo justifica.

Y he aquí cómo para entender el futuro de Madrid se precisa comprender el Movimiento que movimos y que nos mueve, y su sentido; y todo lo demás es jaleí-llo, barajar, pasar el rato y arrimar el ascua a la sardina de cada quisque.

MENSAJE Y DESPEDIDA

¿Me será lícito el que, en trascendencia de la pretendida cardinalidad de estas cartas, aventure aquí el carácter del mensaje que en continente y en contenido puede transformar nuestro Madrid?

Pertenezco a esa generación en que el quehacer histórico puede confundirse con la labor de los días, y ésta entreverarse con nervios proféticos. Por lo cual

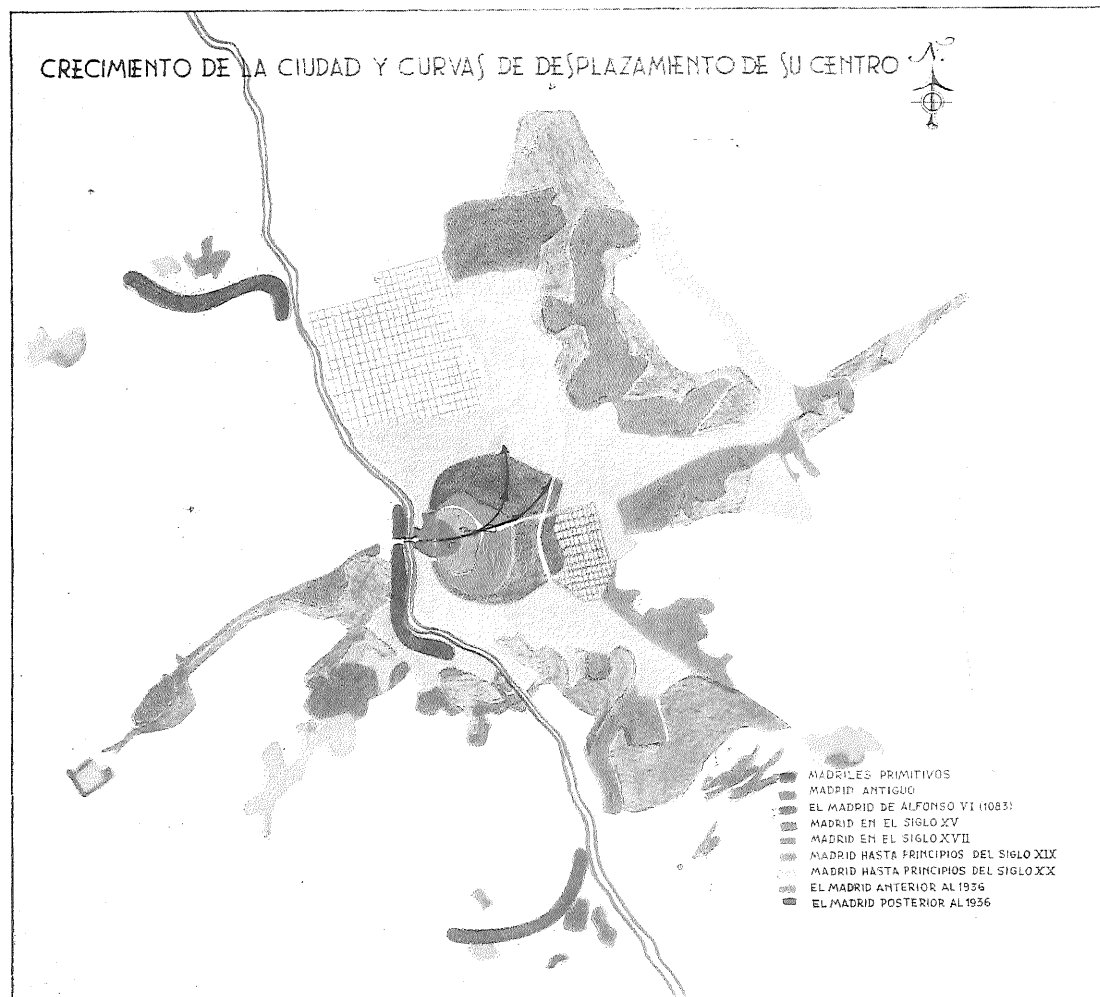
una cardinal profecía no podrá faltar aquí al final de estas cartas, nacida precisamente al calor de las cosas pasadas.

Estos madriles y sus colonias vendrán a ser la madriguera o matriz de un mensaje de universal valor dirigido especialmente a la hispana gente. Mensaje de misión cultural, y bajo el signo del Espíritu Santo, en una tercera etapa del desarrollo cristiano.

Su papel de integrador, por gracia y cortesía, de elementos antagónicos, en unidades superiores, ha de ser la característica continental de tal mensaje; la ciudad y el campo, el capital y el trabajo, el individuo y la sociedad, lo clásico y lo romántico, autoridad y libertad.

Y su íntima lección, el que la educación humana dura toda la vida y que sólo el mejoramiento de los hombres justifica el Poder.

Pueda también yo, señor Comisario, ir mejorando y contribuyendo a que Madrid mejore y a que los que lo dirijan lo entiendan y lo sientan entrañablemente y lo conduzcan acertadamente a la gloria que creemos que le espera. Y que usted lo vea, querido Comisario.



Despedida por San Isidro

MADRID Y SU ARQUITECTURA

★ Por San Isidro, el Patrón, el palurdo tocado por Dios, conviene hacer examen de madrileña conciencia.

Ahora, en el capítulo de la edificación. Que reclama fidelidad al genio de la ciudad, como condición previa.

Nos quedan—ahí están—las ejemplares edificaciones, de severa, a veces festiva belleza; testimonio son de una raza que lo es tanto de arquitectos como de pintores o de escritores, de místicos, guerreros y colonizadores; o de toreros y «cantaoras».

Podemos ver—y tocar, si queremos—esos modelos de edificación, de arte siempre vivo y vivificante, que precisa entender y amar castamente: son la madre tradición y ¡ay de aquel que cayere en mal amor incestuoso por ella!

★ Nos quedamos sin Catedral. Pero Madrid no tuvo Edad Media considerable. Y es imposible una verdadera catedral sin haber vivido altamente las urgencias espirituales colectivas, el misticismo y el teologismo medievales.

¡En plena Castilla y sin Castillo! (El Alcázar de Toledo suplantó al «Castillo



famoso», como Madrid suplantó a Toledo entero.) Y esta pérdida fué la del símbolo de prepotencia militar de esta indudable plaza fuerte.

También perdimos las murallas y, en tal eliminación, pelagra la autoexigencia, que es siempre título de nobleza. El peligro consiste en «salirnos de nuestras casillas». Conservando alguna «puerta», evitamos el estar totalmente «fuera de quicio». Habrá que crear nuevas murallas. Serán verdes.

No hicimos la reforma interior a tiempo y hoy es prácticamente imposible. No limitamos el ensanche y se desaforó. Y su talante urbanístico y edificatorio invadió las zonas de extensión de la ciudad. Por todo ello, el corazón de la ciudad no está tranquilo, ni logró centrar su foro. El gran foro que demanda el pueblo madrileño.

La ciudad no colonizó de veras. Y sus colonias, en su mayor parte, son ramplón y vergonzante producto de la codicia, de la sordidez o de la prisa desconsiderada. No hijas del tiempo, del amor y de la autenticidad.

¡Qué mal aprovechamos el antiguo cauce Prado-Castellana, en todas sus inigualables posibilidades para crear una vía-parque de belleza sin par y de graduación representativa única! Sepamos, al menos, conservar y potenciar lo que todavía queda.

★ Compensando estas fallas—y tantas otras—, tres grandes creaciones de la arquitectura madrileña (aparte, se entiende, de su general esplendor):

a) Un arquetipo de palacio-caserón, proveniente del alcázar menor, domesticado o civilizado, muy señorial y muy gentil, que viene a ser lo que podemos llamar «palacio madrileño», en sus diferentes variantes ya realizadas y en las muchas que cabe realizar todavía.

b) La configuración definitiva de la gran plaza civil o «plaza mayor», modelo ecuménico. Muy cerradita ella, muy ordenada, ponderada, tranquila, espaciosa. Admirable.

c) Un prototipo, mucho más cercano a nuestros días. El precedente, quizá único, de algo que originó el sistema estructural urbanístico de mayor actualidad

y sobre cuya trascendencia se encuentra la mayoría de los españoles lo que se dice *in albis*: la fracasada «ciudad lineal».

Si hubo tres grandes creaciones, hubo también tres grandes epifanías: la arquitectura del Madrid de los Austrias, el barroco madrileño y el Madrid neoclásico.

Y tuvimos también a la vera nuestra tres grandes focos de donde irradió luz y vigor: Herrera, el churriguerismo y los maestros forasteros.

★ La arquitectura madrileña—la española toda—giró alrededor de dos polos—que son faros—extremados, como todo lo nuestro: Herrera y el churriguerismo.

Herrera I el Grande proyecta su sombra y su luz desde la «eminencia gris» de toda nuestra arquitectura. No sólo desde lo que él hizo realmente, sino desde todo el Monasterio. Porque lo que él hizo fué utilizar las elegantes austeridades y abstinencias—y hasta las soseces—de grandes fábricas, lisas y monocordes, para irrumpir en ellas, usándolas como telón de fondo de sus dramáticas geometrías en carne de granito.

Churriguera, los Churriguera—y antes también Donoso y Cano—condicionan todo nuestro barroco genuino positiva y negativamente.

Lo primero, porque determinan la separación, sino el divorcio, entre la composición, la decoración y el ornato; que apenas podrán conjugarse de veras en las horas más felices de Pedro de Ribera. Negativamente porque los discípulos madrileños escapan siempre al énfasis columnario, que José Churriguera protagonizó.

El otro foco viene del exterior. Primero lo germánico, organizante; luego, Italia, fecundante; por último, Francia, pulidora.

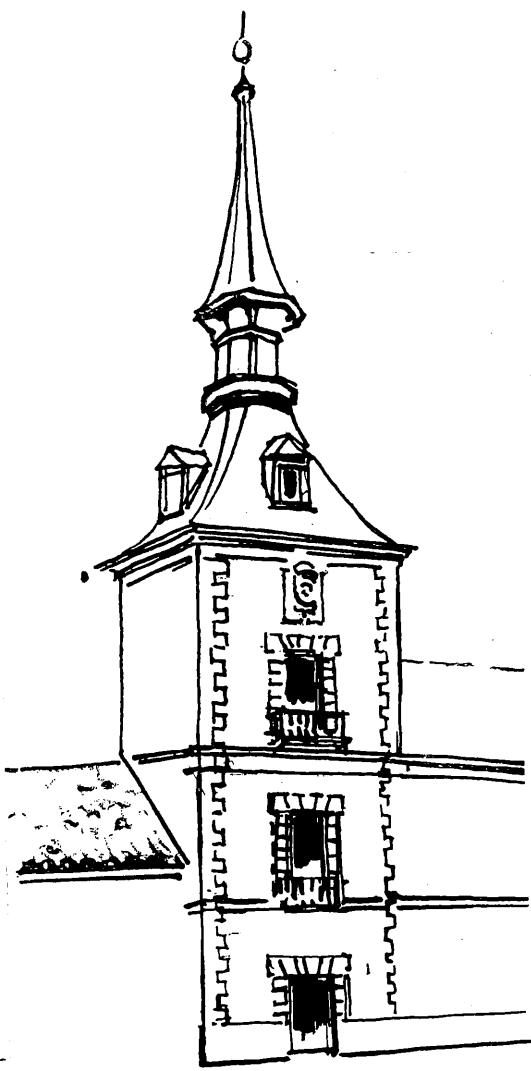
Tres lecciones magistrales, sobre todo, nos dictaron los forasteros, ya incorporados a lo nuestro: la de la Cárcel, Crescenzi, hasta cierto punto, la del Palacio Real, Sachetti, y la del arco de Alcalá, ese medio forastero, que se llamó Sabatini. Lecciones de templanza, de alta plástica, de espíritu latino; que quedaron imborrables.

★ La arquitectura de los Austrias hace su entrada triunfal por el Puente de Segovia y representa—como todo nuestro Imperio—la síntesis, la germinal síntesis; de todo un mundo: grises pizarras y granitos del Norte, tejas y ladrillos del Sur; latinas; las formas y razones; moros los oficios y aficiones; plazas cerradas; torres cabezonas, fábricas encastradas, chapiteles; compuestos retablos centrales, tranquilos horizontes impostales; cúbicos volúmenes; portadas con númenes, sosteniendo balcones; severos rejones; vanos recercados, áureos o cuadrados; muchos con dinteles, pocos arqueados.

Tal síntesis puede aprenderse muy bien en esas dos plazas, la Mayor y la del Ayuntamiento, que Madrid debe de cuidar como a las niñas de sus ojos.

Durante el progresivo abarrocamiento, durante los Felipes, la arquitectura madrileña va encontrando sus prototipos edificatorios y urbanísticos. La plaza Mayor y la calle Mayor, y el Prado y el Atochar. Y ese palacio-caserón y esa iglesia-conventón, que han de irse desarrollando progresivamente. Juan Gómez de Mora preside esta etapa; el majestuoso y majo cubo de la capilla de San Isidro, con su extraordinaria cúpula, la cierra.

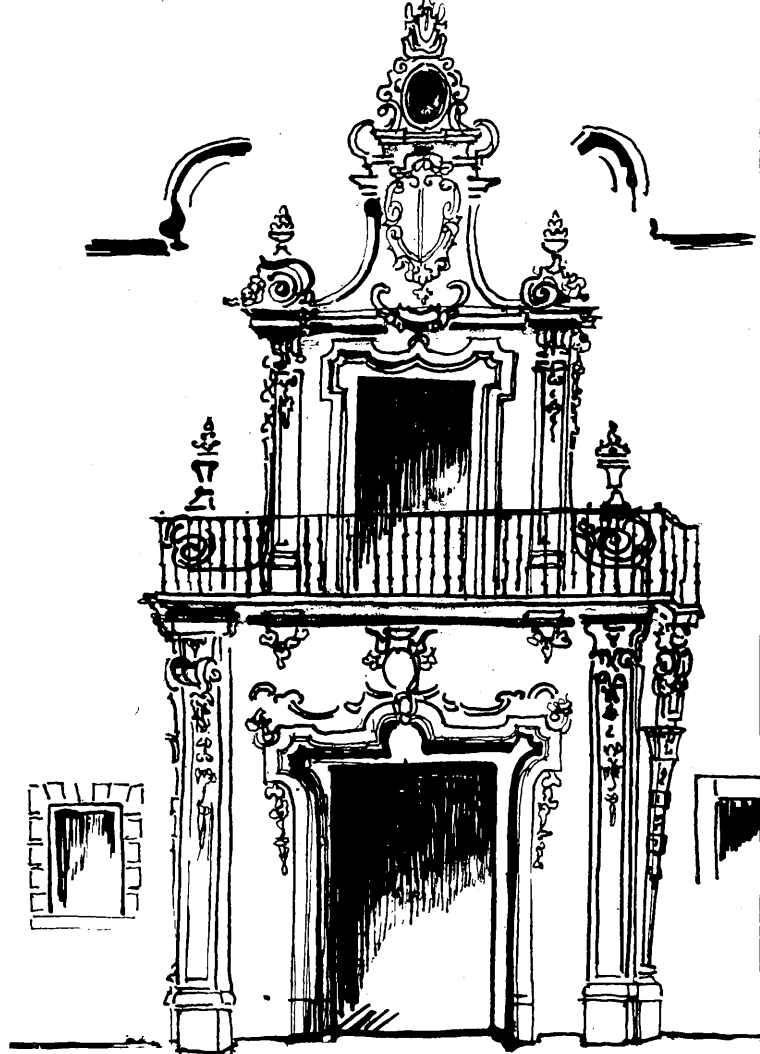
★ Hallados cauces y patrones, la libertad barroca se desarrolla esplendente y segura, culminando en esa floración generosa de puentes, puertas, fuentes, palacios e iglesias, que nos lega el genio de Pedro de Ribera. En el Hospicio dió el «do de pecho» la constante española de la puerta-retablo. Domesticado aparece el tema en la composición puerta-balcón, en las señoriales—pero «llanas»—mansiones que edificó para los aristócratas de la villa. Los chapiteles dramatizan en perfiles estrangulados y la «Fuente de la Fama» representa el momento de



más sutil conjugación entre composición, decoración y ornato que ha conocido la historia de nuestra plástica. En todo, gracia y fantasía, que colocan a Ribera tan alto como el Bernini.

Se centra la arquitectura del siglo en la creación que Sachetti y luego Sabatini realizan para el más bello real palacio del mundo. Sobre su alto zócalo—de recuerdo militar—, con sus abiertas escaleras y los jardines al Campo del Moro—de palacio de recreo—, con su solemne orden gigante—de civil empaque—, ejemplariza una síntesis expresiva, increíblemente feliz, entre el palacio acastillado, el cortesano y el político-administrativo; quizá la lección más alta que Madrid haya dado en su vocación integradora.

La piedra berroqueña y la de Colmenar cantan aquí en un emocionante mano a mano, las estrofas más altisonantes de nuestra arquitectura.



★ Pero con Sabatini, como con Ventura Rodríguez, el rumbo se rectifica: vuelve a ser Norte el clasicismo. Ventura Rodríguez da a Madrid su toque de compositor y decorador atildado. Aunque incapaz, muchas veces, de armonías afinadas, la suave elegancia de su orquestación es de tal sabiduría, que lo más formalista puede nacer como lo más espontáneo. Exquisito en el «tono menor», sus maneras corteses para los edificios y para el Prado han de abrir las puertas de par en par a la influencia de la arquitectura francesa.

Mas no se cierra ahí el ciclo. Queda Villanueva. El que amó con desmesura la medida; más que ningún otro neoclásico, y mejor. El Observatorio y el Museo testimonian del genio de este creador de módulos, de elegíacas armonías plásticas; de aquel para el que toda moldura, toda línea tiene un sentido. El es el verdadero continuador de Herrera; el único auténtico maestro. Su lección no ha sido todavía entendida.

★ Durante un siglo entero, hasta el término de la Dictadura del general Primo de Rivera, nuestra arquitectura se encuentra en pleno liberalismo romántico, academicista y no academicista. Soterrada, débil, fluye la tradición en creaciones delicadas, frágiles; pálidas y desmayadas. Algunas de tímida finura como el sentimental palacio del duque de Rivas; otras, tan discretas, que ejemplares resultan también, como las casas que hizo construir el marqués de Salamanca en el barrio de su nombre.

Pero dos grandes corrientes gemelas se disputan la hegemonía: una, la ecléctica imitación de estilos históricos; otra, la de los estilos regionales, entre los cuales, el propio madrileñista. Con los barcelonismos y los andalucismos y, al fin, con la prepotencia de los arquitectos vascos y la impronta monumentalista de un titánico gallego.

★ Al terminar el primer cuarto de este siglo ya el funcionalismo materialista viene abriéndose camino. No cuaja en esta tierra de caballeros cristianos y europeos. Mas su lección, de exigencias utilitarias, no debe ser olvidada, sino incorporada a la buena doctrina.

Con el Movimiento viene un período de tradicionalismo a ultranza; peligroso porque no es de limpia tradición, de forzada continuación. Hoy parece que volveremos a encontrar más seguro camino entre mil peligros. Miremos ahora algunos, cara a cara:

a) El rascacielismo provinciano. Algo tan imponente y avasallador como un rascacielos debe de estar siempre archijustificado. En medio de la humanizada arquitectura europea resulta sumamente peligroso.

b) El escenografismo frívolo. No visemos a producir efecto impresionante, sino belleza humilde. No para el momento, sino cara a la eternidad.

c) La grosería. El alud provinciano sobre Madrid, las maneras descorteses y desconsideradas y la prisa lo traen. Aprendizaje en la tradición, simpatía por el lugar (la atención a lo que hay a los lados), eliminación de lo que no tenga razón de ser o sentido, son los buenos remedios.

La verdad es que, a pesar del crecimiento gigantesco de la ciudad, de tanto esfuerzo, y aun de tantas obras meritorias, el buen camino, la segura carretera central, se perdieron desde Villanueva. Ayúdanos, Isidro, Patrón, a encontrarlos de nuevo y libranos de más pecados contra el amor a Madrid.

